

Narradores del trópico



ENCUENTRO DE ESCRITORES
LÁCIDES GARCÍA DETJEN
2023

Narradores del trópico

Narradores de trópico

Primera edición en formato electrónico, 2023.

D. R. © Universidad Olmeca, A.C.,
Carretera Villahermosa-Macuspana, km 14,
Dos Montes, Centro, C. P. 86280,
Villahermosa, Tabasco, México.
www.olmeca.edu.mx/

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Universidad Olmeca, A.C.

ISBN versión impresa: 978-607-59645-7-7

ISBN versión electrónica: 978-607-59931-2-6

Hecho en México / *Made in Mexico.*

Narradores del trópico



UNIVERSIDAD OLMECA

Raíz de sabiduría

Índice

Introducción	11
La narrativa tabasqueña, una cenicienta en vías de corrección <i>Vicente Gómez Montero</i>	13
La inigualable luna de miel de Brat y Kier en Ojoshal <i>Marcos Rojas Gutiérrrez</i>	19
El dios Rocco Siggfredi <i>Jorge Vital Cadenas</i>	28
El rencor a las moscas <i>Jorge Vital Cadenas</i>	35
Agitada noche <i>Eliannet Paola García Hernández</i>	39
¿Dónde estás Eduany? <i>Pablo Esteban Valenzuela Castillo (Valcasti)</i>	47
Legado de una pluma cansada <i>Joanna Casas Cisneros</i>	53
970 días (fragmento) <i>Jesús Román Gutiérrez San Lucas</i>	61
La casona <i>Jenny Mariel Domínguez Naranjo</i>	67
Aquí no existen los gradientes (Parte I) <i>Héctor Sandoval Aguilera</i>	73

Introducción

La narrativa tabasqueña es un universo de historias que nos transportan a un mundo lleno de color, sabor y tradición. En este libro titulado *Narradores del trópico*, se recopilan algunos de los mejores cuentos y relatos contemporáneos de la región, escritos por autores que han sabido plasmar con maestría la esencia de Tabasco y su gente.

Desde las historias de Vicente Gómez Montero, Marcos Rojas Gutiérrez y Jorge Vital Cadenas, hasta los relatos de Eliannet Paola García Hernández, Pablo Esteban Valenzuela Castillo (Valcasti) y Jenny Mariel Domínguez Naranjo, este libro nos ofrece una muestra variada y rica de la narrativa tabasqueña, con sus personajes entrañables, sus paisajes exuberantes y sus costumbres ancestrales.

En estas páginas encontrará historias de amor y desamor, de lucha y resistencia, de alegría y dolor, que nos muestran la diversidad y riqueza de la cultura tabasqueña. Desde la selva hasta el río, pasando por las ciudades y pueblos de la región, estos relatos nos invitan a descubrir un mundo fascinante y lleno de matices.

La narrativa tabasqueña es una de las más ricas y variadas de México y este libro es una muestra de su vitalidad y creatividad. Esperamos que disfrute de estas historias.

La narrativa tabasqueña, una cenicienta en vías de corrección

Vicente Gómez Montero *

Tabasco siempre ostentó el patronímico de «Tierra de poetas». Si vemos la lista de los grandes, muchos hay. Si vemos la lista de los medios, también hay muchos. Y si vemos la lista de los malos... pues hay más que de los otros. Tabasco prolifera versos e imágenes como pan caliente, válganme el lugar común. Este encuentro lo demuestra. Claro, la lista de los aquí presentes pertenece a la de los mejores. Lo que nadie puede evitar es la pregunta, ¿qué ocurre con los narradores? Sin querer ser agorero, voy a permitirme dar una respuesta. La narrativa, cuento o novela, implica un esfuerzo aún más alto que el del poema. Hay que ser correctos, eso sí. La poesía y la narrativa transcurren. Avanzan. Cuando se han detenido es porque no faltó un elegante que pontificase sobre el arte de vanguardia, arte que ya tiene más de cien años de existencia. Ya no es tan vanguardista como se cree. La misma narrativa sufre de esos baches de la «creación». Para ser justos, muchos de los narradores de nuestro estado se detienen en el verso, sin saber, claro, que mucha de la política tiene de golpe a golpe y verso a verso. Ya, hablando en serio.

Voy a ponderar sobre ciertos autores que, al menos en lo que a mí concierne, comprueban el dicho aquel de que lo bueno, si breve, dos veces bueno. Los narradores de los

que trataré de hacer no solo un recuento sino un análisis, aunque todo análisis es parcial, particular, son esos que dieron un cambio a la narrativa tabasqueña.

Doy título a este texto tomándolo de una ponencia presentada por el poeta Fernando Nieto Cadena en otro encuentro similar, no igual, a este. Me perdonarán quienes no lo conocieron, pero fue un gran momento tenerlo aquí. Bueno, aclarado lo no pedido, comencemos.

De entrada, Sánchez Mármol con una obra bien asentada en los devenires de la historia de su estado. O Arcadio Zentella que con *Perico* pone los cimientos de esas otras novelas que igualmente hablaron del indígena, del costumbrismo, de los abusos del patrón. Negar que fueron antecedentes de escritores más renombrados, o conocidos, o publicitados como Alejo Carpentier o Juan Rulfo, es negar por el solo placer de hacerlo.

Más entrado el siglo XX, novelas como la de Argentina Ramírez Garrido o las dos espléndidas obras de Josefina Vicens, confortan el panorama ya dejado de la mano de Dios de estas tierras. No puedo, aunque lo he hecho muchas veces, llamar a *Un niño en la Revolución mexicana* una novela. Son las memorias de un hombre, el cronista Andrés Iduarte, que sufrirá los embates de esa revolución que cuestionó con denuesto, esa que lo hizo salir de Tabasco y adentrarse en los meandros de la Historia mexicana.

Otro autor, aunque no tabasqueño, que vino a nuestras tierras a medirle el agua a los camotes garridistas, fue Graham Greene quien con su novela *El poder y la gloria* dejó muchas incógnitas sobre la veracidad de todo lo ocurrido en estos lares. Sobre todo, del sentido socialista del Sagitario Rojo.

Las vírgenes terrestres, de Alicia Delaval, impone otro de los más meritorios esfuerzos novelísticos. Esta novela, injustamente dejada de la mano de Dios, obstruye la apreciación de la provincia como un remanso de paz altamente apacible. Delaval nos saca de esta creencia para demostrarnos que las ciudades pequeñas no solo son infierno grande, sino que además no tienen ganas de dejar de serlo.

Sorprendió, allá a fines de los años ochenta del siglo pasado, una breve novela titulada *Fata Morgana* del escritor

Bruno Estañol, de profesión médico. El texto impactó porque siempre dejó el autor en la duda si este personaje, aparecido a principios del siglo XX, era una espía que vino a nuestro país a encontrar no sé qué. La novela, dividida en tres partes, es deliciosa, amena, concreta. No deben dejar de leerla.

Otros autores que se unen al coro narrativo pueden ser Álvaro Ruiz Abreu que con *El puerto bajo la bruma* amplía el terreno de la narración en nuestro estado. Acude Álvaro a ese sino que organizaba García Márquez denominado el amor a la tierra. Así como el colombiano amó a su Barranquilla querida, Ruiz Abreu da a su terruño, ese puerto bajo la bruma, la barra de Sánchez Magallanes, la categoría literaria.

O Antonio Ocampo Echazaz que surte al almacén literario dos novelas de interesantes gestos, *Iluminada* y *Llevaré un vestido azul turquesa*, ambas decididamente incrustadas en el realismo mágico al que pocos novelistas acuden. Hay que dejar impronta de Edith Jiménez, otra de esas olvidadas autoras de nuestro estado. Su obra *En un claro oscuro de la luna*, acude a las enseñanzas primordiales de lo que se ve, se siente y se califica como realismo mágico. Lo cierto es que el director de cine tabasqueño Sergio Olhovitch la adaptó con regular éxito.

Un novelista que sí dio al traste con la creencia de la novela idílica, o de chismes, es Mario De Lille quien con *Solamente yo quedo* agregó el lenguaje de la tierra, la lengua de quien va o viene por la ciudad al devenir de la instrucción literaria. En esta novela se habla mucho, se dice más y se encuentra uno, de repente, así como delineando quienes son estas personas que cuentan sus vidas de papel, sus vidas imaginarias por sobre el ancestro estival.

Ciprián Cabrera Jasso dio un día la sorpresa de hacer tres novelas emulando los tres tomos de la *Divina comedia*. *Ciliace*, *Onishi* y *Celia* definen el infierno, el purgatorio y el paraíso del poeta. No dejas de leerlas aun cuando la ausencia de poesía emane un olorillo turbio, de azufre o de ángel, monstruos ambos igualmente. Las tres obras son de esas que no se olvidan porque narran lo que narran todos los novelistas, su pasión por esas mujeres que llegaron, estuvieron y se fueron.

Eduardo Hernández Pedrero, aun cuando a muchos no les gusta la ciencia ficción, habla de un destino prefijado hace mucho tiempo, el tiempo futuro. Debería escribir entonces un destino prefijado hará mucho tiempo, pero no nos detengamos en pequeñeces. En 2030, una humanidad próspera científica y tecnológicamente, pero avariciosa, desata la tercera guerra mundial. Fueron nueve años de sufrimiento y veinte de reconstrucción, pero aún faltaba que la madre naturaleza se cobrara el perpetuo daño al que fue sometida de la mano de la modernidad. Sesenta días permaneció el planeta en una penumbra que casi acabó con la humanidad, pero de los escombros surgió un nuevo hombre alterado genéticamente y un nuevo orden mundial que redistribuyó las zonas de influencia en Nova Tero. La nueva raza, que alcanzó una longevidad de doscientos años y ha expandido su legado por todo el universo, cuatro siglos después enfrentará a su destino. Así, fácil, sin rebuscamientos, Hernández Pedrero funge como un amanuense del futuro, ese que nos falta por vivir.

Ángel Vega, con su texto *La máquina de convocar ahogados*, imprime eso que le faltaba a la narrativa de nuestro estado. El idioma sencillo y el ingenio. «Todo lo que vale la pena está aquí y ahora. Y lo que no, no existe». Con ese dejo aparentemente filosófico, expresa nuestro amigo el tono preciso de su obra. Entre los asesinatos o los vicios de una sociedad acostumbrada a ver el horror en los ojos de los otros, Vega recurre a lo más impactante del universo narrativo, descubrir eso que nos es tan cotidiano que ya no nos causa asombro. Aquí está el texto que un periodista realiza dando muestras de su talentosa visión de las cosas, así como de un alegre caminar por Villahermosa.

El siguiente texto es *Tipos móviles* del escritor Alejandro Ahumada. Una mujer pierde el sentido de interpretar las letras. Ahí están, las conoce, pero no las comprende. Vive, sin embargo, en una casa atestada de libros, de periódicos, de revistas. Su historia se entrelaza con la de su hija y su nieta, la de un impresor deforme y una revolución fallida. ¿Alguna vez la mujer guardará estos recuerdos, estas visiones? ¿Y cómo las retendrá? Una deliciosa narración. Un cu-

rioso punto de vista. Una delirante persecución entre generaciones. Eso hace realmente deliciosa la lectura de Tipos móviles. Todo eso en apenas ciento veinte páginas. El alarde saldrá bien o mal, pero eso es cosa del lector, receptor final del conocimiento.

A este grado de la mesa, espero no estén cansados, porque faltan aún dos o tres cosillas. Por ejemplo, Jorge Vital. *Habitar lo imposible* es el cerco de la isla, no en balde ahí sucede. En *Habitar lo imposible* encontramos un catálogo de aventuras interiores. El protagonista se debate entre ellas como si viviera en una pecera. La novela comienza cuando Franco descubre esa desazón que lo llevará al viaje, viaje donde se instala el instante mismo de la perversión o de la ingenuidad. Viajando entre demonios personales y no, el autor empuja a su personaje a una vivencia tan destructiva como impositiva. El recuerdo, la idea, la desazón y la penuria son los que se abocan a la misma ruptura, la que Franco siente cuando abandona, o mejor dicho, cuando encuentra. Final, principio, idea, ignorancia, esta novela ofrece un aspecto en el que pocos novelistas coinciden. El del interior del hombre, ameno, feroz, contundente. O, todo lo contrario.

De este modo, creo que he tocado los puntos más inmediatos o sensibles de la narrativa tabasqueña, seguramente habrá muchos otros que se desnuden y ofrezcan sacrificios a los dioses, solo que estos, igual que muchos de los escritores mencionados, pretenden que se les tome en serio.

* Vicente Gómez Montero, narrador, dramaturgo y locutor. Ha sido director artístico de la compañía de teatro Celestino Gorostiza desde 1998. Premio Guiones de radio 1984. Premio Estatal de Periodismo José María Bastar Sasso 1998. Premio Nacional de Dramaturgia Celestino Gorostiza 2004. Ganador del Concurso Nacional de Dramaturgia 2005 de la UANL. Autor de *El otro hijo* y *Los órganos milagrosos*. Ha participado en los libros colectivos *José Gorostiza. La palabra infinita*, 2001; *Para un ambiente sin hombre*, 2001 y *Antología del Teatro Infantil*, 1987.

La inigualable luna de miel de Brat y Kier en Ojoshal

Marcos Rojas Gutiérrez *

Una pareja de neozelandeses pide aventón en las afueras de una gasolinera de la Chontalpa. Brat y Kier, recién casados, luna de miel por el impredecible sureste mexicano. Pasa un hombre alegre al volante, se le estiran los ojos y detiene la marcha. Les pregunta a dónde van y acepta llevarlos a Sánchez Magallanes. Ya hechos en el camino y con el motor tosiendo diésel, el conductor inicia una charla amistosa y un apresurado interrogatorio para depurar el silencio: «Me llamo Felipe, pero me pueden decir Lipe, ¿y ustedes, de dónde son? ¿En qué parte de Estados Unidos queda Nueva Zelanda? Viví ocho años en Las Vegas, estaba bueno el jale, pero un día hice mal y me empedé como si estuviera en mi rancho y bueno, aquí me tienen». Kier juega el papel de intérprete. Brat solo tiene habilidad para construir frases primarias. Sabe saludar, dar las gracias y ordenar cerveza. Considera estos formulismos suficientes para desenvolverse a lo largo y ancho de la Chontalpa. En todo caso nunca se ve en apuros. Donde sea que se encuentren, ahí está Kier para ayudarle. Brat es el pasivo y Kier la activa. Kier domina a Brat, aunque él piensa que es al revés y por ello Kier permite que su marido crea que ella se ocupa de todo bajo su consentimiento machista. A Felipe nada de esto le pasa por la cabeza. Su función es por ahora plenamente propagandística como la de un vendedor de espejismos. Enamora por el oído, construye maravillas: «Tienen que ir a no sé dónde, tienen que probar no sé qué». Luego dice: «Dejen que junte

un dinerito y me retacho, ya ven cómo están las cosas por aquí, a mi casita ya se la comió el mar». Kier hace gesto de que lo siente, aquello es muy triste, y abre su boca para balbucear algo que solo ella sabe que no es lo que quiere decir pero al menos satisface a su interlocutor. Brat observa las intersecciones del camino y pregunta: «Lipe, ¿dónde está tu pueblo?». «Acá a la vuelta, güero, en Ojoshal». Y como si le hubiesen preguntado demás, Felipe se explaya: «Nomá que ahorita voy a los *quinciaño* de mi ahijada». Kier comprende, se ha documentado gracias a sus guías turísticas de segunda mano, tiene entendido que al llegar el decimoquinto cumpleaños, las señoritas son agasajadas por sus familiares igual que si fueran princesas de linaje milenario, cuya transición biológica infunde alegrías e ilusiones porque la niñez recién mudada pareciera un maleficio superado. «¿Nunca han ido a unos *quinciaño*?», pregunta Felipe, fingiendo expectación. «Si quieren pueden vení conmigo». Kier y Brat se miran el uno al otro, lo meditan, hablan entre ellos en su lengua materna. Brat no está de acuerdo, pero deja que Kier lo resuelva y ella acepta. El chofer aúlla de alegría, tamborilea sus dedos sobre el volante. Kier sentencia: «Pero nosotros no quedarnos mucho tiempo, por favor, después tú llevarnos de regreso». «*No problem, chelita, yo después los regreso a la gasolinera*».

Se oye música alegre. Hay gente sonriente charlando por aquí y por allá, hombres tomando cerveza y también mujeres sirviendo a los invitados. Ven llegar a Felipe con dos forasteros. Los hombres dejan de charlar y fijan su atención en Kier. En cambio, las mujeres no toman en cuenta a Brat. Los niños sí lo hacen, le dicen: «Gringo, gringo». Felipe los echa a un lado como espantando moscas: «Órale, cabrones, no estorben». Brat se hace el gracioso, saluda: «Hola, amigos», y se proyecta como uno de aquellos personajes de las películas norteamericanas que regalan barras aguadas de chocolate en países extranjeros. Brat no es norteamericano, ni cuenta con una barra de chocolate. Los niños no se lo reprochan. Corren alrededor de él, sienten curiosidad, tocan su equipo fotográfico, ríen, le tiran de la mano y lo llevan ante una mesa. Brat lo agradece. Tiene mucha sed y hiede a sudor rancio sin advertirlo. Kier no se queda atrás, pero su sudor se confunde

con la fragancia de su bloqueador solar. Ella no tiene sed, solo tremendas ganas de interactuar con los nativos.

Brat y Kier presencian el protocolo de la fiesta, ven entrar a la quinceañera con un vestido que genera cuchicheos entre los invitados. Sobre su cabeza resplandece una tiara de fantasía ensartada en el laborioso peinado de ochocientos pesos. Parece una novia de quince años, la cual los padres han tenido que matrimoniar de emergencia antes de que se pronuncie la criatura y se ensanche el vientre, piensa Brat, pero en inglés y enseguida le dice a su mujer: «*She looks like a bride, ay?*», a lo que ella contesta: «*Hard out*».

Una anciana que lleva un rosario colgando del pecho y esclavas de oro en las muñecas ha cogido del brazo a la quinceañera. La acompaña pavoneándose de lo lindo. A un costado de la tarima el padre de la festejada atiende y estrecha las manos de quienes presentan sus felicitaciones.

Los aplausos de los invitados se revientan al unísono. Brat y Kier se contagian de una conmoción que les regocija los sentidos. De pronto, el padrino levanta una copa bordelesa y derrocha un brindis. Sus palabras son enredosas y tienen la elocuencia atropellada de los borrachos. Sin embargo, los invitados se sienten conmovidos, le siguen y levantan unos vasitos térmicos servidos de vino blanco de tetrapak. La voz aguardentosa del padrino llega al corazón de la quinceañera. Le provocan un gran sentimiento. Gime y lloriquea. Pero enseguida se sorbe los mocos cuando su madre la reprende con un codazo en las costillas, porque se le va a escurrir el maquillaje de seiscientos pesos.

De modo que la fiesta luce según lo planeado, salvo los perros que se han colado en la fiesta. Los azuzan para que se vayan. No obedecen. En cuanto los humanos se viran, ellos vuelven sigilosamente y se escabullen por debajo de las mesas. A Kier le parecen hermosos. No hay relevancia en que figuren en las fotografías. Forman parte del entorno. A sus amigos les llamará la atención verlos retratados con los hocicos abiertos en señal de bostezo e impavidez. Será una bonita anécdota que contar. Por ahora, Kier solo respira la brisa del trópico y expresa con una mano apoyada en el muslo de Brat lo bien que se siente estar en aquel patio trasero rodeado

de casitas rechonchas, cuya arquitectura alude a la de los antiguos mayas. Brat coge su mano. Entiende su sentir. Lo comparte. La felicidad que le embarga podría impulsarle a escribir un poema. Pero Brat no es ningún poeta, su fuerte es la albañilería y el ensamblaje de casas que imitan el confort norteamericano. Gana menos de sesenta mil dólares neozelandeses al año y no tiene un peinado de ochocientos pesos ni a una abuela engalanada en oro que lo lleve del brazo como un príncipe bien maquillado por seiscientos pesos. Brat tiene veintisiete años, ha ido de luna de miel con su mujer al sureste mexicano y no hay razón alguna para suprimir la felicidad y pensar que algo podría salir mal.

Ahora viene la quinceañera, se ha presentado en la pista de baile, un piso de tierra compuesto de arena, caparazones de cangrejos y conchas de moluscos venerados como afrodisíacos. Danza con sus chambelanes. Parece un baile real a campo abierto, un espectáculo donde hasta los perros inoportunos se quedan mirando entre que se comen las servilletas sucias regadas por el suelo y cachan sobras de alimento. Kier pregunta a Felipe de qué se trata el espectáculo. Él le responde a su manera y ella afirma con la cabeza.

Por su parte, el hedor de Brat se concentra. Él no le concede atención, está ensimismado contemplando a la quinceañera. Felipe es el único en percibirlo. Se le viene a la cabeza aquella turbulencia pestilente. Es un hedor que golpea y se retira, una sigilosa mentada de madre sin necesidad de ser traducida. Tiene la intención de excusarse de su sitio, pero lo detiene una fijación obscena, la necesidad de identificar aquel núcleo nauseabundo. Somete a su juicio la primera sospecha. Imagina el vello axilar del neozelandés arremolinado en su sitio, el sudor flotando a la sombra que proveen las palmeras y piensa en lo sencillo que sería si en lugar de Brat, aquel albañil del primer mundo se llamara Casimiro, como su hermano, y que en lugar del inglés de bucanero que tanto le cuesta entender, hablara la jerga local, cuyo acento revela el legado fonético chontal. Así podría calentarle el ánimo con bromas ingeniosas, enfatizar su pestilencia de hombre y rebajarla al grado bestial. Entonces podría ponerse a salvo de aquellas bofetadas de peste que son acarreadas

por el calor. Pero pronto descubre que Brat no tiene arremolinado el sobaco. De hecho, no hay vellosidad alguna en el cuerpo, se lo ha rasurado todo como un atleta. Es un delfín terrestre que corta el viento y se desliza como un cuchillo en mantequilla. Su tufo avanza y penetra. Lo que Felipe desconoce es que Brat asocia la vellosidad con el pasado antropológico del hombre, por lo que cree que la depilación capilar le acercará a la telequinesis, donde como en las historietas de ciencia ficción que ordena por internet, la física es regida por los caprichos de la mente.

Felipe sacude el bigote, los filamentos que se le asoman de los orificios nasales han adquirido un microscópico desasosiego. Necesita levantarse, resolver el asco en prontitud de urgencia. No se lo piensa dos veces y se escabulle trastabillando contra invitados y mesas. Brat y Kier lo ignoran. Ellos están empeñados en observar a la quinceañera. Aplauden. Están sacando provecho de su luna de miel, han olvidado que había una hora postulada para retirarse y continuar con el viaje. Esta gente es tan amable. Se sienten como si fueran parte de la familia, sin ellos la fiesta no hubiera estado completa. Han venido a caer en un cálido rebaño de ovejas nobles de las que no se encuentran en las ciudades. Son tan felices en su luna de miel por el sureste mexicano. ¿Quién lo hubiera imaginado? La dichosa experiencia de convivir con los nativos. Qué bueno que no fueron a Europa. Europa está llena de personas como ellos. No importa de dónde fueran sus abuelos, como sea, se ha perdido en las profundidades de la memoria. En cambio, en el sureste mexicano, en un pueblo de la Chontalpa donde se quiere bien a los perros, ellos son los únicos extranjeros. No tienen que compartir la aventura con nadie. Son solo ellos, nadie más. Rubios y destellantes. Aquí son algo más que en Auckland. Los agasajan con deliciosas porciones de alimentos como si fueran descendientes de Tonatiuh. Criadillas y mollejas asadas para los machuchones de la familia, tacos y consomé de barbacoa de res para el resto de los invitados.

«*Oh God*», alcanza a quejarse Kier cuando lleva comido medio plato de chirmol. Ha comenzado a experimentar retortijones detrás del abdomen. Se pone de pie y busca de-

sesperada el sanitario. Un anciano de tez amarillenta y ojos disparejos señala una dirección con el índice guango y desgano. Está borracho, el ademán podría malinterpretarse como un descontrol de sus facultades, pero Kier lo pasa por alto. Ella tiene una urgencia y lo único que quiere es deshacerse del malestar. Corre, se sofrena, el impulso le ha engrosado las ganas. «*Holly mother of God*», exclama, implora. Debe apresurarse, de otro modo hará de su luna de miel una pesadilla inolvidable. Puede lograrlo, diez años atrás corría maratones universitarios, era una linda velocista de trote volátil y singularidad envidiable. Ahora, en su carrera torpe y desesperada, los guajolotes del traspatio la rebasan alarmados.

Han pasado unos minutos, tal vez un cuarto de hora, desde que Kier se levantó en busca del sanitario. Sin duda hay ocasiones en que el tiempo es una circunstancia que se tolera según los ánimos. Si bien en Brat se ha despertado una ligera inquietud por la demora de Kier, el presente se le ha cuajado como un paraíso atemporal. Rendido ante esta gratificación de la vida, él puede privarse de sus pensamientos. Brat solo goza de lo lindo. De su garganta podría brotar un grito como el de aquellos mexicanos con sombrero que protagonizan películas mexicanas de la época de oro. Basta mirarle, acalorado y jocoso, con una plenitud de ensueño que se ajusta a la temperatura del momento, para suponer que provocará la envidia de sus colegas alarifes cuando les muestre las fotografías de sus vacaciones. «Vaya suerte la del bribón de Brat», se dirán, ese holgazán que asa salchichas los domingos en los eventos comunitarios, mira rugby en la televisión hasta quedarse dormido y caza ovnis por las noches recostado en el tejado de su casa. ¿Cómo es posible que haya conseguido abrirse paso en el corazón de Kier, aquella mujercita de ojos benévolo, que posee un doctorado en negocios y tiene a su cargo la gerencia de recursos humanos de un importante hotel de cadena internacional? Es un secreto que Kier no guarda en el archivero, pero tampoco algo que ande cantando por ahí aunque se muera de ganas de hacerlo. A pesar de su carácter curioso y dicharachero, Kier es una adulta que siempre ha evitado la imprudencia y la bravuconería. En su ámbito de oficina, donde se suelen llevar a cabo

las conversaciones en tono moderado para no perturbar a los huéspedes, ella hace de su trabajo una pasión que traspasa las satisfacciones del deber cumplido, y es difícil que se preste a las distracciones de los perezosos. «Kier es una profesionalista modelo», se dicen a menudo en privado los directivos, sin embargo, nadie puede saber si están en lo cierto; en efecto, Kier selecciona candidatos para cubrir las vacantes, pero su gozo en ello ha llegado al límite de lo obsceno, lo que, en opinión de un especialista, este placer podría presumirse de perverso. ¿Quién podría decir lo contrario? Al firmar su contrato, Kier obtuvo un privilegio que otros quisieran tener en sus manos. Por su lista pasan hombres y mujeres sujetos a las finanzas de la empresa, el humor de los jefes y el desempeño de las labores. A pesar de ello, nadie tiene por qué alarmarse, a Kier le desagradan ciertas obligaciones imperiosas, como lo es, en su caso, el despido de algún empleado, sobre todo si le reserva una estimación personal. Así es ella, misericordiosa. No sabe de dónde le ha nacido aquella compasión por las desgracias ajenas. Puede constatarse esta cualidad en las nóminas o en los archivos de la empresa: la mayoría de sus candidatos siempre han sido aborígenes del Pacífico y todo aquel que se presente en su despacho con una historia triste que se inicia en la congestión del rostro. Seguro que emplearía a Felipe una vez se haya llevado a cabo la entrevista. Podría lavar platos, cepillar las alfombras, dar los buenos días a los huéspedes con su sonrisa entrenada mientras interrumpe el trabajo y desactiva la aspiradora. Sí, le destinaría al área de servicios. Ella es tan considerada.

El jolgorio se ha silenciado de pronto. Por mucho que la música sea una nota tendida en la atmósfera que se agita y transforma, los invitados se han sumido en un silencio total, sus miradas sufren de una carga de aplomo. Brat mira hacia el mismo lugar donde se acumula la atención. Una docena de hombres siniestros se han presentado de imprevisto en la fiesta. No tienen rostro, se los tiene comido la sombra. Son anónimos. Pero no hace falta encontrarse con sus ojos para entender que se han apoderado hasta de los suspiros. Brat piensa de pronto en su mujer, la evoca en un intento desesperado, su frente chorrea una cascada de sudor frío, una

sucesión de malos pensamientos embrutece sus sentidos. Mira de nuevo hacia el claroscuro. Los hombres, que se han sumado y ahora superan la docena, son conducidos por las atenciones del padre de la quinceañera. Se les ofrece una mesa, pero ellos toman asientos dispersos por donde se les antoja. Uno, de particularidad autóctona, hace un descubrimiento que celebran sus compañeros. «¿Y ora, de dónde salió este pinche gringo?», dice. Los otros se carcajean, escupen, tiran improperios. «Dice que no es gringo», les informa a sus compañeros en son de burla. Lo hacen levantarse de su asiento, lo esculcan, miran sus papeles. New Zealand. Arrojan el pasaporte al suelo, se hunde en la arena. «Es gringo», insiste el primero de los hombres, mirándolo con recelo. «Tiene los sobacos pelados», señala. «Solo los gringos hacen esas puerçadas». Risotadas, chiflidos, silencio. No han venido a entretenerse con un forastero. Pierden interés y se arrellanan ante las mesas.

De pie y sin saber cómo hacer lo que tiene que hacer, Brat les mira ensañarse con la quinceañera. La llevan del brazo a la pista de baile, la zangolotean y obligan a repetir el vals para compensarles la ofensa de no haberles invitado. Nadie puede imaginar que la muchacha no deseaba una fiesta, sino un crucero por el río Nilo como el de su amiguita Luisa. Pero sus padres se opusieron a ello. «¿Para qué quieres ir a Egipto? Si lo que quieres es ver piedras, anda al Puyacatengo. ¡Qué viaje ni qué la chingada! No estés inventando pendejadas. Ya tu papá compró el becerro y enviamos las invitaciones por guasap. Ventrán tus padrinos de Coatza, tu abuelita Katita y los chocantes de tus tíos de Villahermosa, pero ni modo, son familia, había que invitarlos. Espero no se nos haya olvidado naiden».

A pesar de que la pachanga decayó con la llegada de aquellos rufianes, es una bonita noche. No hay mosquitos y las estrellas palpitán límpidas al ritmo creciente de los cantos de los grillos. Lo bello de esta noche está oculto en la oscuridad y resguardada del hombre. Sin embargo, se ve interrumpida por las injurias de los intrusos. Están deseosos de bailar con la quinceañera, discuten, se la arrebatan los unos a los otros. El padre intenta impedirlo, pero lo arremeten con un

cachazo, un hilo de sangre le empapa la camisa. «¿Ónde vas, diablo?», le dice el autor. Los familiares aúllan de dolor, unos muchachos corren a levantarlo y lo retiran de la pista. Brat debe aprovechar el barullo, esta es una oportunidad para encaminarse y buscar a su cándida esposa. Debe hacerlo, ahora es cuando, ya está de pie, avanza a paso sigiloso como un animal en fuga. ¿En qué estaban pensando cuando aceptaron venir a este lugar? Kier y su ingenuidad de turista. Brat y sus reticencias que ahora le favorecen, pero no ayudan. ¿Qué será de ellos si los hombres descubren que se han jurado votos y que aquella ruta imprevisible fue una temeridad inducida por el capricho de la aventura y una inyección de adrenalina al itinerario de la luna de miel? Sin duda los hombres se echarán sobre Kier con la misma resolución irresistible que tienen los cerdos por las bellotas.

Por fortuna Kier ha localizado a Felipe, conversan un plan urgente; el tono bajo en el que se comunican lo supone. Seguro que no llevan mucho tiempo en ello, piensa Brat al interpretar aquella actitud agazapada en la que los descubre. Hay que irse cuanto antes, le hace saber Felipe, pero en inglés. «Hombres malos», regresa al español rudimentario, aunque no hace falta ser explícito para comprender el tipo de calaña de los invasores y su propósito. Están a tan poco de formar parte del combustible que alimentará la gran hoguera, a no ser que a partir de entonces se atengan a las indicaciones de Felipe. No tienen alternativas, salvo la que se abre a sus pasos cuando le siguen, atravesando el monte. ¿Adónde van? ¿A dónde los lleva? El miedo los pone en alerta. ¿No formará Felipe parte de aquellos malandrines? ¿Es que acaso fueron tan estúpidos como para pasar por alto las advertencias de su Gobierno sobre el turismo responsable y las precauciones que se deben tomar en ciertos parajes globales?

Brat y Kier, zozobra y temor en el sureste mexicano. Han venido a caer en un cepo de malandanzas que también se encuentran en las grandes ciudades. Son una pareja de ovejas ingenuas apenas libradas de las fauces de los lobos. ¡Quién de ellos dos lo hubiera imaginado! La pesadumbre de soportar el auxilio en silencio para no ser descubiertos en el

escape. Qué mal que desecharon la oportunidad de viajar con el grupo de ancianos alemanes. De manera que, en lugar de mantener el susto empelotado en el pecho, ahora estarían frente al mar bebiendo cocteles fosforescentes, embriagándose las neuronas. En cambio, en este preciso instante los han descubierto. Ahora Brat y Kier forman parte del repertorio de aquellas historias de caminos que se cuentan de boca en boca por las zonas más contaminadas por el turismo. Sus cuerpos mancillados, reducidos a porciones indignantes y reprobables, se dirá que fueron embolsados y descubiertos más tarde por un lugareño cuando el sol estaba subiendo al cielo.

Desde entonces una pequeña capilla con dos cruces en la cúpula y pintada de color chillante podrá ser encontrada en la desviación a Ojoshal como señal de duelo, por lo que cada vez que un forastero sudoroso y jorobado pase por ahí y se le ocurra preguntar al respecto, se estremecerá hasta los tuétanos cuando le den razón.

* Marcos Rojas Gutiérrez. Residente de la remota y fumada República de Balankanzajastán, nació en Villainfierno en 1979 igual que cualquier otro rayo de la generación equis. No es sino hasta el año 2000 que le llega la literatura como remedio y amparo existencial mientras deambulaba sin sentido por las europas. En el 2011 resulta ganador del Premio Universitario de Cuento Teutila Correa de Cárter. Al año siguiente se le invita a colaborar en la antología *¡Cuentos, joven! Muestra de autores tabasqueños* (Suum Cuique 2012) y dos años más tarde gana la Cuarta Bienal Regional de Novela Breve Josefina Vicens con la novela *Un viejo terco en Ankara* (Editorial Ficticia 2015). Su cuento *Infortunios* fue seleccionado para colaborar en *Motivos de sobra para inquietarse: Antología del 2º Premio Nacional de Cuento Fantástico Amparo Dávila* (Libros Pimienta 2017).

El dios Rocco Siggfredi

Jorge Vital Cadenas *

Un pequeño arrebató me llevó a preguntarle al escritor cuál era su proceso de creación, pero antes de disparar la pregunta, Rocco interrumpió, sin embargo ahora hablaba de su propia historia: dijo que es oriundo del centro de Italia, había llegado hace dos años a Playa de Piedra; desde su adolescencia había tenido gran suerte con las mujeres por su buen trato hacia ellas y por la fama de su atributo sexual; esto último lo llevó tempranamente a participar en reuniones sexuales donde demostró ser ducho en los menesteres carnales y esto le valió para llamar la atención de directores de porno casero — que no eran otros que sus primos y amigos —. Aún vivía por aquellos tiempos con su madre y hermanos. Grabaron, por falta de locaciones, en sus propias casas, con sus respectivas madres en la cocina lavando trastes, preparando ravioles o sus padres con el overol puesto durmiendo la siesta en el sillón de la sala. A pesar de eso, Rocco respetaba mucho a su familia, como todo buen italiano. Consiguieron buenos videos hasta que los directores se inclinaron más por historias rebuscadas que por las tomas cercanas o en buenos ángulos; para ese entonces Rocco ya estaba obsesionado con el sexo. Cogía dos y tres veces al día. Jóvenes españolas, portuguesas, armenias, israelitas, húngaras, argelinas y hasta japonesas venían por él. Era algo parecido a un atractivo turístico. Él las complacía manteniendo erecciones desmedidas, logrando incluso control mental

sobre su pene (lo apagaba y encendía como con un *switch*), haciéndolas delirar de placer por horas. No podía detenerse. Fue creciendo como un huracán. Y fue el más potente. Logró conquistar el mundo del porno. Grabó todo, con todos y todas; sin embargo, después de haber participado en tríos, *gangbangs* y maratones que duraban noches y amaneceres enteros, Rocco no se sentía completo. Deseaba ser el Zeus del sexo —literalmente, así lo dijo—. Fue por eso por lo que, en la cima de su carrera, cuando ya había probado todo, decidió, primero, fundar la universidad del sexo para forjar actores y actrices comprometidos con el futuro del porno. El instituto hedonista fue un aliciente que duró menos de lo esperado; la nueva generación no se comprometía con el arte de follar —continuó, ligeramente alterado—, todos ensalivándose los genitales sin siquiera producir lubricantes naturales, todos consumiendo químicos potenciadores, untándose retardantes con olores frutales sin siquiera disfrutar de los humores que se desprenden de la fricción corporal —Siggfredi se emocionaba tanto por momentos que en su cuello grueso se sobresaltaban algunas venas—. Desistió porque ninguno se igualaba a él, porque entre sodomía, masoquismo, sadismo, masturbaciones grupales, ceremonias *swingers*, no logró saciar su sed de transcendencia. Ese algo que lo hiciera convertirse en algo místico. Dejó en manos de un familiar el proyecto universitario y se fijó un nuevo objetivo: filmar una película que durara veinticuatro horas o más, aunque esto le costara la vida. Así que se encaminó a un retiro espiritual para buscar el maná entre él y su pene.

Fue un derrotero sinuoso, basado en transgresiones físicas y espirituales. Inició en Benevento, donde la pasión futbolística había hecho olvidar toda leyenda de brujas, así que decidió emigrar de su país. En su primer destino fue expulsado del Tíbet al ser descubierto follando con una criada en una cornisa montañosa; en la India fue perseguido por adeptos a Krishna, quienes, irónicamente, le arrojaban tomates y otras verduras por la misma situación; entendió que por el lado espiritual no hallaría solución debido al distanciamiento carnal que requería. Debía buscar en otro nivel de experimentación.

Del Oriente se movió a África, que recorrió de norte a sur, pasando por Nigeria, Etiopía, Kenia y Marruecos, donde probó sangre y leche de animales con propiedades afrodisiacas que provocaban diarreas en lugar de erecciones. Probó tés de cuerno de rinoceronte, infusiones de plumas de garzas gigantes que en su aletear parecían ejecutar danzas paganas. Nada. Abandonó el continente negro, sin resultados, para venir al americano. Se detuvo primero en Cuba donde se sometió a rituales santeros en los cuales se oficiaban cánticos que se confundían con los de los pájaros de la noche. Ahí se enamoró de una turista gringa, quien realizaba misiones cristianas, pero lo abandonó en la primera de cambio cuando este le confesó de sus rituales. A pesar de que los mismos sacerdotes santeros le recomendaron visitar México de primera instancia — por cercanía y eficacia — se fue en barco a la Patagonia. En Argentina, en los rumbos gauchos del Cono Sur, se encontró con payadores que le contaron la historia de Santos Vega, un payador que siempre vestía de poncho y que se enfrentó con el mismísimo Diablo al que venció a punta de trovas; lo quisieron curar así sin lograr mejoría alguna — al contrario, dijo, me contagiaron el gusto por ese género musical en lugar de los tangos. Escuchaba a Julio Sosa o a Gardel sin que le despertaran emoción alguna —. Continuó en ascensión por el continente a sabiendas ocultas de que solo México sería su solución. En Chile visitó la isla de Pascua donde bailó, guiado por un fervor inexplicable, sonidos *tikis* hasta el desmayo, sin lograr mantener erecciones más allá de dieciséis horas; visitó el pueblo mapuche donde tuvieron que huir con la comunidad por la persecución de empresas extranjeras que buscaban apropiarse de aquellos fértiles terrenos. En Perú le hicieron probar sangre, de nueva cuenta, salpicada y recogida con cuidado, de un toro al que le fue amarrado un cóndor gigante en el lomo. Fue visto aquel show por el europeo — según lo contó — con la boca abierta por tanta aberración; probó también en esas tierras corazones y tripas de alpacas y vicuñas crudos, tisanas de hoja de coca y arena de desiertos manipulados, penes y criadillas de cuyos gigantes... todo sin resultados.

Todo era inútil.

Saltó derrotado hasta México. De nueva cuenta pasó por alto las recomendaciones y en lugar de parar directamente en el sureste se fue a Oaxaca donde cayó enfermo de disentería por hongos contaminados. Allí, en medio de la deshidratación y la alucinación febril, lo cuidó una mujer que tenía la piel cobriza. En los delirios desecados se imaginó siendo el Poseidón con un tridente fálico dominando a sirenas y tritones en el golfo de Nápoles, subiendo por la Porta della Diferenza y ayuntándose con una pareja diferente en cada uno de los setecientos setenta y siete peldaños, Capri y Anacapri lo vitoreaban como el nuevo dirigente máximo, las fragatas llevaban su nombre, se retiraban de las paredes y las hornacinas, los camafeos y las figuras de Zeus y el verdadero Poseidón para colocar nuevos con el rostro de Siggfredi. Cuando despertó, Rocco se dio cuenta de que aquella mujer lo mantuvo vivo con sus orines, los de ella. «No me importa verte perder», le repetía aquella mujer mientras le araba el cabello grasoso y le acercaba una jícara para que libara aquellos líquidos. Una vez recuperado no pudo dejar la orinoterapia y se fortaleció de aquel néctar tornasol, viscoso, puro. Rocco sacó una pequeña ánfora que destapó para dejar caer una gota a su copa de vino, revolvió, dio un trago y posteriormente unió la palma de sus manos frente a su cara y murmuró algo que no entendí.

Así fue como llegó al sureste.

—Una vez aquí, en este pueblo de chamanes me encontré con Dina Maldemar. Ella me dio la solución.

Rocco sudaba y perdía su mirada en la mesa; parecía que el haber contado su odisea lo tenía desmejorado. Como si se hubiera reanimado un dolor lancino.

Rocco, el escritor y yo éramos un conjunto de historias interesantes, pensé en ese momento. La confianza inherente de los alcoholes me permitía rellenar a mi gusto mi pequeño vaso de mezcal y recriminar con la mirada al italiano cuando pasaba algunos minutos sin dar un trago a su copa.

Mis compañeros fijaban la vista en la mesa meditando algo que yo no adivinaba. Rocco no se recuperaba de

su catarsis. Aunque yo no lo entendía. Yo hubiera dado mi dedo meñique y el anular izquierdo por tener la mitad de su actividad sexual. Estaba a mil años polvos de él. Busqué una mirada cómplice alrededor y entendí cómo notó el escritor que me aquejaba una patología.

-
- * Jorge Vital Cadenas. Nació en Huimanguillo, Tabasco, en 1989. Médico cirujano por la UJAT. Estudió en la Escuela de Escritores José Gorostiza durante dos años y participó en la antología de cuento *Los sueños de la orquídea* (2014). Su libro de cuentos *Sombras incómodas* fue publicado por el ICT en 2016 como parte del catálogo editorial 2016; su novela *Habitar lo imposible* es editada por la Agencia Hispanoamericana Kolaval (2021); ganador del certamen de cuento de la UJAT «Teutilia Correa de Carter» en el 2023 con su cuento «Trópico artificial». Algunos de sus relatos han sido publicados en complementos culturales de periódicos estatales.

El rencor a las moscas

Jorge Vital Cadenas *

Diez mil mosquitos unidos conforman un tigre; nueve mil mosquitos conforman un leopardo; ocho mil mosquitos, un orangután inmóvil. Un mosquito, por último, es solamente un mosquito.
Xi Chuan.

Zumban.

Zumban una tras otra.

Zumban y nuestros aspavientos no son suficientes para ahuyentarlas. El sonido de su vuelo nos taladra los oídos. Pareciera que su empresa fuera exasperarnos. Si es así, lo están logrando. ¿Pueden los bichos buscar intencionalmente eso en nosotros? ¿Tendrán esa capacidad? Me cuestiono mientras manoteo torpemente.

Estoy a punto de preguntárselo a Esther, pero cuando abro la boca, una mosca me rosa los labios. Escupo por orden del asco.

— No escupas, sin el cubrebocas vas a contaminar — me regaña Esther.

Me reprimo una explicación para evitar una nueva pelea. La observo ahuyentarse las moscas de la cara, aprieta los dientes. Manotea alrededor de su cabeza sin obtener resultado satisfactorio. Está al borde de la desesperación.

Nuestra relación jamás ha sido buena. Desde nunca nos hemos llevado bien, a pesar de todas las ocasiones que

nuestros padres intentaron acercarnos mediante estrategias educativas o tácticas empíricas. La miro de nuevo yendo a la cocina, prende una hornilla de la estufa y quema unas servilletas. Una vez encendidas toma la servilleta y rodea su cuerpo con el humo. Río con ella mientras le pregunto qué hace.

— El humo las apendeja — dice un tanto avergonzada. Las moscas continúan su labor zumbativa.

Me dirijo a la bodega de papá, aquél cuarto donde se apilan cerros de papeles de su extinto despacho contable. Encuentro lo que buscaba, las tapas de cartón de unas cajas. Tomo dos. También hallo una sogá vieja que al tocarla se deshace. Cuando tenía ocho años, y Esther diez, nos amarraron espalda con espalda debido a tantas peleas que teníamos, ¿será esta la sogá con la que se dio ese suceso? Quizá. Declino el hecho de llevarla para preguntarle. No sé cuál pueda ser su reacción, nostalgia o rencor. El momento no necesita ninguna de las dos.

Regreso a donde está, continúa quemando servilletas. El olor al papel quemado enmascara el hedor nauseabundo que impregnaba la casa. Le enseño los trozos de cartón y comienzo a enrollarlos para crear una suerte de matamoscas.

Se lo brindo y lo toma apresuradamente.

¡Baf!

Sin pensarlo asesta un golpe certero y mata a dos. Se autofelicita con una grosería. Me uno a los cartonazos.

¡Baf!

¡Baf!

¡Baf! ¡Baf!

— Buena puntería — la elogio en búsqueda de empatía.

— Me tienen harta... — contesta.

El primer cartonazo que doy no causa bajas, deja a una mosca aturdida dando vueltas sobre su eje, zumba más de lo normal, me abstraigo viéndola girar y girar, zumbar y zumbar, puedo verla aletear de forma acelerada. Cuando me dispongo a ejecutarla con otro cartonazo la mosca sale de su danza elíptica de la muerte y se va patinando en el aire todavía aturdida. Esther no se percata de nada de esto, en ocasiones así es — pienso — : nunca hay dos testigos de la agonía.

¡Baf!

¡Baf! ¡Baf!

No cesan los abanicazos. Restos de moscas quedan pegados por doquier, sin embargo, no se aprecia una considerable disminución en su número a pesar de las bajas.

¡Baf! ¡Baf!

¡Baf!

Damos los dos en el mismo sitio. Al parecer teníamos el mismo objetivo. Yo la miro con miedo, sé que eso basta para recibir alguna molestia de su parte. Pero no, ríe.

— Me la quitaste... tú de ese lado y yo acá — dice.

La verdad es que yo la vi primero. Aprovecho su sonrisa para preguntarle si recuerda cuando nos amarraron espalda con espalda.

— Claro que lo recuerdo, cabrón, no dejaste de llorar en toda la noche.

No quiero llevarle la contraria. Recuerdo claramente que ella se durmió dándome de codazos en las costillas.

¡Baf!

¡Baf! ¡Baf!

Hemos matado más de quince moscas, así que avanzamos a otra parte de la casa. Mientras nos movemos platicamos. Hacía tanto tiempo que no hablábamos más allá de un «Hola, ¿qué tal?».

— ¿Crees que tarden en venir?

— Ya tardaron cuarenta y ocho horas, me dijeron que no se dan abasto, hay muertos por toda la ciudad. — La sirena de una ambulancia da severidad a mi comentario.

Bien dicen que solo el odio instituido por los padres puede acercar o alejar a sus hijos. Mi padre odiaba las moscas. Le parecían inspectores de lo insalubre, así decía. Estaría orgulloso de ver a sus dos hijos unidos en la tarea de aniquilación de insectos voladores. Yo no las odio, pero nunca me había enfrentado a un ejército de ellas, en general tengo la potestad sobre los odios inculcados por mis padres.

¡Baf! ¡Baf!

¡Baf! ¡Baf!

Pierdo la cuenta después de la veinteava mosca muerta por mi cartón. Es claro que yo llevo más, pero ella no

se queda atrás. Avanzamos hasta donde yace el cuerpo lívido de papá, sus labios ya comienzan a verdear como si tuviera un golpe añejo.

Damos los dos en el mismo sitio, en el mentón de papá. La mosca sale ilesa.

¡Baf!

¡Baf!

¡Baf!

— ¡Hey!, no le pegues en la boca — me reprende.

— Ya no le duele — le respondo y se me escapa una risa. Pienso, para desviar el chiste, en enseñarle todos los papeles con posibilidad de ser quemados, mi lado primitivo cree que es una salida si no llegan pronto por el cuerpo. El rencor a las moscas nos une mientras disipamos a cartonazos el humo de las servilletas quemadas.

¡Baf!

¡Baf!

Acordamos no pegarle en la boca, sin embargo, es de donde más salen. Golpeo firme sobre la mejilla paterna y Esther no recrimina.

— ¡Buen golpe! — me dice y con un pañuelo limpia la comisura del labio de nuestro padre muerto. El pensamiento de la pira se acrecienta en mí.

* Jorge Vital Cadenas. Nació en Huimanguillo, Tabasco, en 1989. Médico cirujano por la UJAT. Estudió en la Escuela de Escritores José Gorostiza durante dos años y participó en la antología de cuento *Los sueños de la orquídea* (2014). Su libro de cuentos *Sombras incómodas* fue publicado por el ICT en 2016 como parte del catálogo editorial 2016; su novela *Habitar lo imposible* es editada por la Agencia Hispanoamericana Kolaval (2021); ganador del certamen de cuento de la UJAT «Teutilia Correa de Carter» en el 2023 con su cuento «Trópico artificial». Algunos de sus relatos han sido publicados en complementos culturales de periódicos estatales.

Agitada noche

Eliannet Paola García Hernández *

Cuando eres un demonio la vida no siempre es fácil. La gente normal pensará que es sencillo, pero no, los cuernos vienen con una gran responsabilidad. Ser bueno siendo malo es una cuestión de disciplina, carácter y pasión por lo que se hace, si no eres diligente con tus obligaciones en cualquier momento un pingo se te trepa por la cola y te vas al diablo.

A veces el trabajo te da pequeñas satisfacciones, como hoy que iba saliendo de atender el pendiente de mi lista en el parque de la laguna y pasé por la vieja escuela de leyes, no pude evitar el impulso de aflojar una lámpara para silenciar a ese ser tan irritante, la frecuencia de su voz taladró mis oídos amenazando con hacerme visible.

Debo reconocer que los humanos son fascinantes. Se regodean de la desgracia ajena como ninguna otra especie, sus risas y cuchicheos cuando alguien que no les agrada recibe su merecido, son una justa recompensa a mis acciones. Así lo demostraron después de ver el tremendo chichón que coronaba la frente de esa mujer tras caerle la lámpara. Al verla retirarse, respiraron aliviados ya que le encantaba criticar, sin aportar nada a la clase.

La noche aún era joven, caminé hacia la avenida de la Sierra pensando tomar un descanso. La iluminación verde esmeralda de las letras de aluminio parpadeó cuando pasé cerca de ellas. Me detuve un momento, el fresco de la noche era agradable, el destello de un relámpago delineó la forma

de los grandes nubarrones, uno se acostumbra al calor infernal, pero a la humedad de estas tierras, nunca.

Alcé la mirada y vi cuatro palmeras en la esquina que forma la pendiente de la calle. A la luz de los relámpagos daban la impresión de ser gárgolas, podía distinguir incluso al líder, las saludé. Mi suposición era cierta, agitaron sus alas y levantaron la cabeza devolviendo el saludo. Continué mi camino hasta la avenida. Cerbero estaría contento de que el amo lo trajera a caminar a esta zona cualquier noche, está tan oscuro que nadie se fijaría en tan tierno animalito, no cabe duda de que esto es un paraíso terrenal para nosotros.

Al fin llegué a la parada, como le dicen a la estación de transporte urbano los lugareños, esperaba el que tomaría esa noche para continuar con mis actividades. Los accidentes no se causan solos, es necesario el toque maestro, el punto fino y esa es mi especialidad. ¿Acaso creían que la furia de carretera, el motociclista atolondrado, el imprudente que se avienta o el beodo son coincidencias? No, señores, somos muchos y estamos muy atentos a las oportunidades. La lucha por descender al séptimo infierno no es cosa sencilla, es una competencia continua y ser el empleado del mes no es fácil con un jefe tan exigente y voluble; en cualquier momento, puede hacer de tu vida un infierno.

Hace algunos años yo tuve un pequeño contratiempo y me castigó refundiéndome en este lugar olvidado de la mano de Dios, lo cual, obvio, aproveché para demostrar mis enormes capacidades.

Cuando llegué aquí, todo era acahuales, el agua tenía caminos por todos lados: arroyos, riachuelos y enormes ríos. En las grandes inundaciones, la gente agarraba su cayuco, ponía su tapanco y a dormir a pierna suelta se ha dicho. En ese entonces mi diversión favorita era cultivar mosquitos, cómo me divertía escuchando alabanzas para mi actividad, «¡malditos mosquitos!». Era una de mis frases favoritas, me alentaba a ser el mejor en ello, pero los humanos siempre encuentran el modo de echar a perder la fiesta. Desde las cinco de la tarde se encerraban y ponían humo por todos lados, así que tuve que ser ingenioso y encontrar otras formas de avanzar en el escalafón.

Mi época de esplendor llegó cuando quemaron varias iglesias y corrieron a los sotanudos. Lo único malo era que no se podía beber alcohol libremente y eso me restaba puntos. Como siempre, encontré el modo, pues no faltaba el cristiano que, seducido por el dinero y por mis consejos, fabricara sus curados de nance o ciruela y vendiera el alcohol. Incluso hubo aquellos que se especializaron en la fabricación de guarapo y después se refinaron con los alambiques. En ese entonces, la clandestinidad era un negocio productivo pero peligroso, tanto para los clientes como para los vendedores, pero ya embriagados, los golpes ni se sentían. La cruda era tremenda y el castigo la hacía peor, ¡ah, cómo disfrutaba yo cuando proferían sus maldiciones!, era un ganar ganar; sin embargo, los tiempos cambian y uno no se puede quedar estancado.

Pensando en todo esto, decidí darme un respiro. Un chiquillo con su canasta de dulces pasó, le compré un cigarro, lo encendí e inhalé profundo para darle el golpe, el color del sol crepuscular en su punta se desvanecía en copos grises desprendiendo ese humo azulado que me recuerda cómo consume este delicioso vicio a sus adeptos. De pronto, detrás de mí el sonido de un pisotón dado con brusquedad contra el piso y las siguientes palabras me sorprendieron:

— ¡Ya no llegaste a tu destino, ya no llegaste a tu destino, ya no viste el fin del mundo! — por un segundo pensé que algún compañero estaba siendo atacado por los del equipo contrario y no queriendo ser el siguiente giré para ver qué estaba sucediendo.

Afortunadamente solo era un hombre, pero el tono de triunfo en su voz resultaba contagioso. Me entusiasmé. El sujeto en cuestión esbozaba una sonrisa de triunfo, su aspecto descuidado se completaba con unos viejos tenis que en algún tiempo fueron blancos.

Miraba fijamente hacia su pie, lo levantó y debajo de él yacía el cuerpo de una cucaracha de buen tamaño con las alas extendidas. Esparcido alrededor de ella se veía una generosa cantidad de masilla cuyos colores eran dignos de estar en cualquier paleta de artista plástico, iban desde el verdoso amarillento hasta el color marrón pasando por una gran

gama de tonalidades. Supuse entonces que alimento no le faltaba. Los tres pares de patas del insecto quedaron dispuestos de tal manera que parecían rayos que se desprendían del cuerpo, algunas tenían las puntas levantadas y una de las posteriores desprendida del abdomen, fungía como testigo silencioso de aquel espectáculo en donde las antenas aún se movían un poco. Las cuarteaduras del piso completaban el cuadro, parecía que el abismo se había abierto para recibir al bicho y los hilos de mezcolanza que se tensaban proyectados desde la suela del hombre hacia ella lo sujetaban para que no cayese, aquello era un verdadero cuadro de arte contemporáneo, sin duda.

Antes de que pudiera sacar mi teléfono para tomar una foto, el hombre le dio una patada que aventó el cuerpo del insecto hacia la calle donde un automóvil terminó de embarrar los restos en el concreto. Un buen performance sobre la vida hubiera sido aquello.

Reflexioné sobre las palabras que el hombre escogió para resaltar su acción. La cucaracha efectivamente cumplía a cabalidad lo que él expresaba.

Al darle el pisotón para acabar con su existencia marcó el destino final del insecto, así que, técnicamente, sí llegó puntual a su destino. Al hacerlo, acabó con el mundo que la cucaracha conocía. Por tanto, si el insecto pudiera dar su testimonio de unas milésimas de segundos antes de morir, podría habernos contado cómo vio la suela del apocalipsis venir hacia ella para acabar con su mundo. Así mismo, describir la aplastante sensación de aquella superficie lisa que, al hacer contacto con sus alas, provocó un tris doloroso que poco se comparó con el crujido del exoesqueleto del tórax para dar paso a la asfixia, tortura con una duración no tan larga, ya que, tan delgada era la suela, que el hombre al sentir el bultillo debajo de su pie consideró que no era suficiente la energía para la tarea autoimpuesta. Con un último empuje pudo percibir a través del desgastado plástico cuando se destripó el abdomen. Un giro magistral esparció el interior del animalejo al punto de que, este, sin desearlo, tuvo la fortuna de conocer el sabor de sus entrañas a través de las papilas gustativas ubicadas en su cabeza que para ese momento

apuntaba a la dirección contraria que originalmente llevaba, después de todo, había escuchado el testimonio de algunas otras cucarachas que practicaron en algún momento el canibalismo que ellas eran un manjar de dioses y sí, así le pareció, dado que su cabeza aún seguía intacta gracias a su escudo protector. El olor de la suela del zapato no fue de su agrado, aquel enclenque no tuvo cuando menos la consideración de ser una persona aseada, le resultó repugnante morir bajo aquella pestilente superficie perforada en la punta, aunque eso explicaba la manera tan dispar del aplastón del fin del mundo.

Total, que, sin saberlo, el hombre había cambiado su propio destino.

Gracias a su distracción no detuve al mismo automóvil que aplastó a la cucaracha. De haberlo hecho, esta habría cruzado al otro lado de la avenida, donde un distraído estudiante de idiomas con blatofobia correría disparado en sentido contrario para toparse de frente con el amor de su vida. Pero no sucedió así.

Tan entusiasmado se veía que me quedé observando cómo contaba su reciente hazaña a otra persona que estaba ahí. Su eufórico relato me distrajo. ¡Diablos! Ya tenía todo calculado, metros adelante ese mismo auto sufriría un desperfecto, el caos por el tráfico estancado, coordinado con el aguacero de esa tarde y las calles inundadas, sumarían puntos a mi cuenta concluyendo mi turno con puntualidad inglesa, luego entonces, la existencia del hombre seguiría intacta.

Pero no, para este punto, el tráfico era fluido. Las primeras gotas de una nueva racha de lluvia comenzaron a caer, convirtiéndose rápidamente en un torrencial aguacero que mojó mi cigarro y esa fue la gota que derramó el vaso.

Me replegué debajo de un dintel. El hombre y su acompañante hicieron lo mismo. El dueño de un local cercano que al parecer lo conocía llamó al sujeto para que le ayudara a meter un exhibidor porque no podía bajar la cortina de hierro, pero él no quiso. Viendo esto y ante las ráfagas de agua que azotaban hacia el interior del local le ofreció una propina a cambio, los ojos del hombre brillaron y le auxilió. Mis ojos brillaron también.

El tiempo programado para hacer la siguiente traslada había llegado a su límite, por lo que ante esa situación decidí tomar lo que tenía a la mano. Después de todo, nada es más peligroso que un demonio con iniciativa.

Cuando el hombre tomó la varilla para bajar la cortina, con un suave movimiento de mi dedo hice que la soltara, la punta cayó en el pie, justo sobre la uña enterrada. El gesto de dolor, los saltitos que daba, la sarta de insultos que salieron de su boca eran para morir de risa.

—¡Karma! —gritó su amigo mientras reía.

El hombre lo veía con ganas de atizarle un fierrazo en la cabeza, pero se contuvo.

—Apúrate, que está azotando el agua y se está metiendo —dijo el locatario.

—Ahí va, caramba —replicó él mientras tallaba su pie y recogía la barra de metal.

El hombre estaba empapado, la lluvia parecía dirigirse hacia él y realmente así era, gracias a mí. Por fin bajó la cortina.

Puso la puerta para poner los candados. Cerrado el último candado, al sacar la llave todo el interior del aparato de seguridad cayó al piso. Furioso pateó el suelo, la uña enterrada le recordó por qué no debió hacerlo. El dueño del local lo regañó hasta que se cansó y no le dio propina por tonto. Yo sentía cómo recuperaba unos cuantos puntos en el escalafón de ese día.

Decidido a llegar rápido a su casa, comenzó a caminar cojeando mientras yo lo seguía. El piso mojado y resbaladizo, además de mi pie, claro, lo hicieron caer de nalgas. Con dolor se incorporó nuevamente solo para recibir un gran baño de agua y lodo de un charco que el paso de un coche a gran velocidad le volcó encima.

Mojado, adolorido y molesto, comenzó a renegar y a maldecir su suerte para mi satisfacción. Decidió tomar un taxi. El mismo que ya estaba esperando yo, encantado con lo bien que todo estaba resultando. Mi turno estaba a punto de concluir de la mejor manera gracias a su necesidad.

Si no me hubiese distraído, a esta hora él no estaría esperando la ambulancia con la pierna fracturada producto

del choque en el crucero (tuve un altercado con su angelito de la guarda sobre el particular y llegamos a ese acuerdo, solo la pierna, negocios, al fin y al cabo). Ambos estaríamos tranquilamente en nuestras casas viendo la televisión y yo no tendría que hacer un turno extra para recoger el alma del taxista que aplastó a la cucaracha y así no perder mi bono de productividad para competir por el lugar del empleado del mes y seguir en la carrera por el descenso al séptimo infierno.

Pero no pudo evitar aplastar a esa cucaracha y ufanarse de ello sin saber quién lo observaba. La vida es así. Y a veces en el trabajo es imposible evitar tener una noche agitada.

* Eliannet Paola García Hernández. Médico cirujano. (UJAT). Estudiante de la maestría en estudios de género y prevención de la violencia. Diplomada en creación literaria. Ganadora del concurso de cuento del municipio de Centro, Tabasco, «Gabriela Gutiérrez Lomasto 2022», con el libro *Tierra, Calor y Color*. Autora del libro *Historias del río* (2019), publicado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Tabasco. Publicada en las siguientes antologías: *Los 100 mejores minicuentos de la cuarentena* (2020); *Desde casa* (2020); *Apasionata 2* (2019), *Tilico lico tilico ti, narrativa para hablar de migración y violencia infantil* (2018). Sus cuentos han sido publicados en diferentes diarios de circulación regional.

¿Dónde estás Eduany?

Pablo Esteban Valenzuela Castillo (Valcasti) *

*A Carlos Eduardo Naranjo Madrigal
Amigo y líder ¿Dónde estás?*

No estaba dispuesta a soportar otra herida por causa suya; aquel diecisiete de mayo discutimos y terminamos. Eran las dos de la madrugada y regresaba sola por la avenida 27 de Febrero, en ebriedad y cayéndome del mareo, me siguió, se acercó y me cargó. Veía el suelo andar mientras le gritaba que me dejara en paz, «¡tengo que alejarme de ti!», vociferaba. Pronto sentí la comodidad de un colchón... el de mi habitación. Me acariciaba y musitaba que tenía que dormir; yo, en cambio, le maldecía deseando jamás haberlo conocido. Dormía en el suelo junto a unas almohadas evitando abrazarme, eludiendo estar conmigo, lo lastimé tanto como él a mí.

Recordando su olor a cigarrillos me pongo a pensar que... siempre nos hacen creer que el amor huele a rosas o tulipanes, pero en verdad es a tabaco. Al despertar aquella mañana ya no estaba en mi alcoba, solo dejó su saco color negro colgado del espejo; miré mi celular donde un mensaje suyo decía: *Una vez más te fallé, me iré para siempre, espero me perdonen por lo pérfido que fui contigo, nos encontraremos de nuevo en algún momento de la existencia.* Lo leí tan superficial que no noté su profundidad, creí que solo era una paranoia más. Me arrepiento.

Aún no he muerto y en el lúgubre aire respiro desolación. Hoy, veinticinco de mayo, decidí romper mi orgullo y reviví nuestra conversación con un saludo, pasaron los minutos y transitaron horas, de seguro aún no está en casa, de seguro no tiene señal. En el transcurso del exánime que jamás vuelve sentía un vacío en mi pecho, un agujero que me asfixiaba. Acostada en la cama mi mente regresaba estando con él escuchando «True Love» de Coldplay, me hacía sentir extracorpórea cuando me recostaba en su abdomen desnudo, el imperecedero tiempo ahogaba las melancolías en el mar de las melodías. Terminaban las baladas y tenía que marcharse a altas horas de la noche en su camioneta *pick-up*.

Siempre se despedía con un beso y en el portón de mi hogar lo veía alejar, un hombre luchador, preocupado de su futuro que sudaba cada moneda que honradamente ganaba mesereando o animando fiestas; mi hombre que siempre vi como un niño, con problemas y frustraciones. Esta noche contemplo nuestra conversación y todavía no le llega mi mensaje, tal vez aún no está en casa, tal vez se quedó sin señal, o tal vez simplemente no quiere saber de mí. Al llegar a su hogar nos mensajeábamos melosidades y por llamada jugábamos parchís. Las noches tan apacibles hasta que uno de los dos cayera dormido. Han pasado siete días desde la última vez que me avisó que llegó a casa y deseó dulces sueños. Echo de menos su risa que me iluminaba al contarme sus locas aventuras, lo veía tan lleno de luz, una luz que el tiempo atenuó. Necesito sus dulces sueños para descansar, sigo esperando su mensaje, lo espero para jugar... pero no responde. *¿Dónde estás, Eduany? ¿Por qué aún no estás en casa?* (Enviar).

Por la madrugada del veintiséis de mayo, de nuevo en esta avenida, con la boca oliendo a Red Label y mis dedos a nicotina, espero que llegue a sostenerme... me lleve a mi cuarto a descansar. Necesito que me acaricie una vez más. Encerrada en mi alcoba solo contemplo el saco que colgó en el espejo aquella ocasión. *¿Dónde estás, Eduany, que no me cargas a mi habitación?* (Enviar). *¿Dónde estás, Eduany, que ya no huelo tus Marlboro rojos?* (Enviar).

Al despertar deslizo el chat hacia arriba para leer unos meses atrás, donde lo motivaba en sus depresivas no-

ches, se sentía perseguido por la sombra de tantos malogros de los cuales le hacían creer que no valía nada. Pensaba que nadie daba por él lo que daba por los demás, estiraba la mano y los demás el pie, se rascaba la cabeza pensando qué mal había en él, considerándose un fracasado.

Desde niño se acostumbró al desprecio, empezando con el de su padre, quien jamás le llamó «hijo». Cuando hacía mil cosas buenas nadie lo felicitaba, una cosa mala y todos lo señalaban como la peor escoria de Dios. Siempre creía que nadie apostaría un centavo por él, me sorprende cómo siempre sonreía en las fotos a pesar de estar fracturado del corazón, cortó sus alas creyendo que estaban desplumadas y jamás podría volar. Le frustraba ver a todos avanzar y él quedarse atrás, no sabía qué hacer con su vida... tal vez no querer vivirla.

Qué nostalgia y preocupación sentía por su salud mental. Temía que si lo dejaba terminaría con todo. Siempre quería hacerle ver lo genial que era. «Cuando las alas están desplumadas es porque plumearán de nuevo y serán más grandes y frondosas que antes; por favor no cortes tus alas, espera que plumeen, y si no lo hicieren siempre tendrás quien se las arranque para dártelas. Cuando te sientes derrotado es porque lo mejor está por llegar, pues ya no se puede bajar más, solo subir». Enfocaba lo malo que le rodeaba y por ello desenfocaba lo bello que le acompañaba. Sus alas siempre serán las más hermosas. *¿Dónde estás, Eduany, que ya no necesitas mis consejos?* (Enviar). *¿Plumearon tus alas?* (Enviar). *¿Acaso ya eres feliz...?* (Enviar).

Primero de junio; hace quince días que no lo veo, hace quince días que no sé de él, me pregunto si me piensa, si me anhela, así como lo hago yo. Mi familia insiste en que viajemos a algún lugar, donde sea, para distraerme un poco, pero yo solo me concentro en buscarlo, espero pronto tenga piedad y responda a mi desconsuelo. Elegí viajar a Sabancuy, Campeche, para recordar nuestro caminar en el gran puente de madera que dirige a los viajes en lancha por la costa del golfo, donde me besaba y cantaba al unísono con los bienteveos, luisitos, entre más aves de orquesta. Tengo esperanza de encontrarlo allí... tal vez me espera con tulipanes como

aquel veintitrés de noviembre del anterior año, era mi cumpleaños y por la fría mañana me despertó con un pastel, ramo de tulipanes y un suéter, con grabados tejidos por sus manos. Fue un día sensacional que terminó con ambos riendo a la orilla del golfo, sujetando nuestras manos en el nocturno firmamento.

Andando en el camino de antorchas que volvía mágico aquel sitio, prometió amarme por siempre..., le creí, cantamos bajo las estrellas, el tiempo se fue y no pude detenerlo. Dormimos abrazados en aquella cabaña, todo era tan onírico que ahora al volver veo la cabaña vacía sin su presencia, y me duele el alma. Mi familia hace mucho ruido, pero no escucho más que las palabras que decía en esta alcoba. Exhalo preguntándome dónde estará. Muy de noche voy descalza sobre la arena que una noche pisamos juntos, apago las antorchas que creí volvían mágico el sitio, pero en verdad él era el del misticismo. Aunque hace calor llevo puesto el suéter de mi cumpleaños, el frío de su ausencia congela mis venas. *¿Dónde estás, Eduany? En la arena solo se ven mis huellas.* (Enviar).

Por la mañana lo busco en aquel puente en el que nos besamos y no lo encuentro por ningún lado, ya no escucho su voz, y me pregunto... si no está aquí. *¿Dónde estás, Eduany? Te extraño, las aves no cantan sin ti.* (Enviar).

La preocupación de mis padres se vuelve nefasta, ¿por qué me dan tanta atención? Solo les platico lo mucho que lo pienso y busco, me culpo por herirlo, aunque él me haya contundido primero. Me llevan al psicólogo por primera vez, no me rehusé, tal vez... si voy con el mismo al que acudía Eduany pueda saber más de su enigma. Nadie me dice nada, es un fantasma conmigo. *Caigo en el limbo de la locura por ti, ¡tenme piedad!* (Enviar). Dios bendijo a las personas locas con esquizofrenia, con la capacidad de engañar su mente, inventar o imaginar con facilidad. *¿Dónde estás, Eduany, que no te dejo de pensar?* (Enviar). Veo que me respondes, *Estoy más cerca de lo que puedes imaginar ¿o lo ensoñé?* Me gusta creer que es verdad que se ha dignado en hablar. *Gracias por contestar, te extraño cada día más, si me disculpas iré a llorar.* (Enviar).

Tras varias sesiones con el psicólogo y otras con el psiquiatra, me obligaba a asumir lo inadmisibile. Él nadaba

en el lago de la tristeza, al perderme por lastimarme tantas veces, se hundió en el océano de la depresión hasta que se ahogó voluntariamente. Varios recuerdos posteriores a la última vez que hablamos farfullaban por mi mente y no queriendo ver desgarradoras imágenes de un lúgubre velorio, lágrimas y entierro, sacaba esas evidentes de mi memoria para poder sentir consuelo, creándome una falsa perspectiva de la realidad. Conozco a Eduany más que nadie, mostrándose maduro y serio ante los demás, pero por dentro melancólico y solitario, tantos años padeciendo distimia, medicado con ISRS, y bebiendo té para la ansiedad, ver desánimos en él era costumbre. Nadie esperó que terminara con su desaliento.

Caminando por el lugar de tumbas, con un ramo de tulipanes y nubes, recordaba vagamente escenas de unas exequias. Me caigo a pedazos, el *si hubiera* no sirve, no hay nada que hacer para componer lo irreparable, me culpo por no poder haberlo ayudado, por haberlo dejado solo. Me duele hasta la piel, las semillas que dejó en mí jamás germinarán. Mis tulipanes han fenecido, lo inmarcesible se oscurece y muere.

Leyendo el epitafio de una tumba recién construida y floralmente ornamental, dejé mi ramo frente a su nombre, tomé mi teléfono y le escribí un mensaje más: *Te encontré, Eduany.* (Enviar). Ese veinticinco de mayo por la mañana se marchó, y yo con él. Supongo que desde el cielo todo es más bonito, quisiera que me contara lo que ve desde donde está, así como solía hacerlo en mi habitación, al recostarme sobre su desvestido pecho después de intimar y mirar las estrellas y planetas fosforescentes de mi techo soñando con los castillos en el cielo de una vida juntos. *Nos reencontraremos de nuevo en algún momento de la existencia.*

vie 18 de may

Una vez más te fallé, me iré para siempre, espero me perdones por lo perdido que fui contigo, nos encontraremos de nuevo en algún momento de la existencia.

4:26 a. m.

jue 25 de may

Hola mi amor. 10:10 a. m.

¿Dónde estás, Eduany? ¿Por qué aún no estás en casa? 11:58 p. m.

vie 26 de mayo

¿Dónde estás, Eduany, que no me cargas a mi habitación? 2:24 a. m.

¿Dónde estás, Eduany, que ya no huelo tus Marlboro rojos? 3:49 a. m.

¿Dónde estás, Eduany, que ya no necesitas mis consejos? 11:40 a. m.

¿Plumearon tus alas? 11:41 a. m.

¿Acaso ya eres feliz...? 11:41 a. m.

sab 3 de jun

¿Dónde estás, Eduany? En la arena solo se ven mis huellas. 10:37 p. m.

dom 4 jun

¿Dónde estás, Eduany? Te extraño, las aves no cantan sin ti. 9:19 a. m.

mie 7 de jun

Caigo en el limbo de la locura por ti, ¡tenme piedad! 4:06 p. m.

¿Dónde estás, Eduany, que no te dejo de pensar? 4:11 p. m.

*Gracias por contestar, te extraño cada día más,
si me disculpas iré a llorar. 4:12 p. m.*

Hoy

Te encontré, Eduany. 6:22 p. m.

* Pablo Esteban Valenzuela Castillo (Valcasti). Nació en Jalpa de Méndez, Tabasco, el 29 de mayo de 2001. Estudiante de séptimo semestre de la licenciatura de cirujano dentista en la UJAT. A nivel estatal obtuvo el premio en segundo lugar en investigación y expositor en el Año Internacional de la Luz 2016. Premio municipal a mejor expositor de oratoria con el tema «Día de Muertos» por el COBATAB # 14 en 2019. Primer lugar en fotografía navideña, Jalpa de Méndez, en 2021. Constancia de conferencista con el tema «Mi familia», COBATAB # 14, 2023. Constancia literaria por presentación del libro *El peor fracaso de mi mayor logro*, UJAT SADACS, 2022; del Ayuntamiento de Jalpa de Méndez, 2022; del Centro Cantú Monterrey, N. L., 2022; de la Feria Internacional del Libro UJAT 2023 y del Colegio Bilingüe Atenea, 2023.

Legado de una pluma cansada

Joanna Casas Cisneros *

Hoy nieva. Ayer nevó y probablemente mañana nevará. El día había sido igual a los otros, ese era el problema. La monotonía corroe la fatalidad de mis horas y las dispersa como reguero de pólvora. De joven sabía aprovechar mi tiempo: el colegio, la familia y los días de silencio que me permitían naufragar dentro de las sádicas letras, palabras, oraciones, párrafos y hojas. ¿Cuándo terminaré de escribir mi historia? La cama se reclina, me recuerda la enfermera, puede sentarse. El suero en la bolsa gotea y el catéter se inserta en mi vena. ¿Cómo acabaré mi historia? A los doce años mamá me regaló mi primera máquina de escribir. Me dijo que era fluida en el silencio y que mi cerebro reventaría si no expulsaba la tempestad de su interior. También me regaló una muñeca para que aprendiera a vestirla y así luego vestiría a mis hijas. Me gustaba vestir a mis hijos, pero también quería escribir. Mi marido piensa que escribo romance, como los libros que siempre leía en el diván cerca de la ventana, junto al álamo.

Tus historias son simples, me dijo el hombre —no diré su nombre porque pudo ser cualquiera—, ¿por qué terminan a media oración? Porque no todos terminan lo que empiezan, le respondí. ¿Dónde está la mentira? Me miró con desaprobación. A nadie le gusta que una mujer diga lo que piensa. Eso me dijo mamá y su mamá a ella: podría ser nuestra herencia. Irma, Irmita, escribe en el papel y termina tu idea. ¿Cualquier idea? Sí, lo que tú quieras, hijita. Había un nido

de pájaro en el borde del alféizar y trinaba el día entero. En el papel escribí que a veces estaba tentada a tirar el nido. Mamá decía que uno siembra lo que cosecha. ¿Estoy muriendo porque quise asesinar a unos polluelos? No, muero porque no he completado mi historia. Es difícil escribir cuando ya no tienes ideas y la nieve de afuera te invita a acostarte e invernar bajo las sábanas, incluso si huelen a un limpio estéril y la habitación huele a alcohol y tú hueles a descomposición. No estás muriéndote, solo te fatiga la larga espera a que vengan las ideas. Es lo único que haces mientras aguardas que la monotonía se detenga.

Puedo describir la habitación con los ojos cerrados. Sus cuatro paredes son un lienzo en blanco, lisas, planas e impolutas. Cuelga el cuadro de un santo sin nombre; hace mucho que no le rezo a alguno. La cama es pequeña a comparación del colchón *king size* de la casa. Las sábanas azules combinan con la moqueta y el sillón afelpado. Estoy en una cáscara de huevo: por fuera nacarada, por dentro la sanguaza me ahoga. Bajo de la cama y miro el secreter empotrado en una esquina. La cuartilla está en blanco y el cursor pestañea, late como semáforo en rojo y me señala que aguarde. Las palmas me sudan cada vez que tecleo con la esperanza de que rebese las cien mil palabras. Algo me ahorca cuando sobrepaso las siete mil, como un *doppelgänger*, mi alter ego personificado se desprende de mi cuerpo. Es la sombra que quiero coser a mis zapatos. Fabio me visita siempre que puede. Su trabajo paga el seguro médico y la cáscara de huevo. Él me trajo la computadora portátil y la ropa, y a mis hijos que son lo suficiente mayores para cuidarse, pero no para tomar un taxi y visitarme. Me arrancaría el corazón por ellos. Dejaría que ellos me lo arrancaran. Mamá se lo decía a papá, que nunca le tocó el pelo: no la golpeaba y no la acariciaba. Fabio se parece a papá: nunca me ha golpeado y ya no me acaricia. Las yemas de sus dedos se sienten rígidas en mi piel. He olvidado que debo cerrar los ojos e imaginarme un tacto suave. Han pasado más de treinta años y jamás se ha asomado a ver lo que escribo.

—No quiero escribir —le dije al verlo.

—Tienes que hacer algo.

—No quiero hacer nada.

No permite que sus ojos conecten con los míos. Estoy acabada, ya no soy la joven a la que le prometió amor eterno. Hay arrugas en la comisura de mis labios, en mis párpados y en la frente. Mi cabello se cae a pedazos y soy huesos forrados en piel. Lo único que me queda es la escritura y la muerte. Fabio me trae flores. Son flores frescas, me dice, para darle color a la habitación. Las flores no están frescas. Las arrancaron y el agua en el florero prolonga su sufrimiento. Debe ser un mal chiste o lo hace a propósito. Yo soy la flor arrancada y él me sumerge en el agua.

—Escríbele a los niños —Fabio cree que sabe mucho y sí lo sabe. Lo que no sabe es algo de mí.

No quiero escribir a los niños, quiero escribir sobre mí. Soy fluida en el silencio. Falezco en continuidad envanecida por estas heladas que calan mis huesos, mis venas hinchadas y mis articulaciones rígidas. El tic-tac me apremia a dejar una herencia a mi prole. Las palabras son un legado, talladas en piedra, pues el papel se rompe con facilidad, sin embargo, mis dedos endebles no soportan un cincel. Le prometí a mamá que lo terminaría. Esperé a que se fuera Fabio, porque la imaginación no llega si él está presente. Antes él era mi musa, la Galatea pedida a Afrodita. Las entelequias juveniles son efímeras, así como el amor mortal. Me sonrió y tomó su abrigo. Se despidió de mí en la puerta y prometió que mañana vendrían los niños. ¿Y si no soporto la noche? Lo harás, me dijo. No cree que sea fuerte, cree que la enfermedad es fuerte y me mantendrá en el plano terrestre. La puerta se azotó detrás de él y la soledad sigue latente. ¿Qué está mal con mi mente? Me propuse contar mi historia y los relatos pasan y los ensayos se escriben solos. ¿Es difícil crear algo nuevo? Dios creó al mundo en seis días. Yo creé a cada uno de mis hijos en nueve meses.

Me preparo para escribir. Daría mi alma por una taza de café y por visualizar el álamo de mi ventana, a las hojas danzando un baile nupcial y el sol secar la lluvia mañanera. Me detengo y respiro con brusquedad. Tomo la silla y la arrastro hacia atrás. Me siento y recupero la postura. Observo mi débil reflejo en la cuartilla desnuda: mi rostro rubicundo

y enflaquecido. Le hice una promesa a mamá. Esta historia es para mí, para el cuerpo que dejaré sepultado bajo tierra en el que descansarán flores muertas, un epitafio sencillo que tendrá tres palabras: esposa, madre e hija. Mejor lo cambiemos a mujer renacida de las cenizas, fuerza destructora y comandante de la cacería salvaje. Sierva de la naturaleza y espíritu libre de los campos. Recolectora de palabras y pastora de historias. Albergó la esperanza de morir en laureles; no obstante, lo único que tendré será morir en paz. Féretro de mi propio cuerpo busco el punto final. Antes de llegar a él me propongo dejar un testamento. Los dedos se me agarrotan, la mente se vuelve un torbellino de ideas y no encuentro el orden. Si estuviera en casa tendría la excusa de lavar la ropa, limpiar la casa, atender a los niños, comer o respirar. Solo deambulo por la habitación.

Mi cráneo quiere estrellarse contra la pantalla. Es la enfermedad, me excuso, es el dolor. El dolor al fracaso, a la ruina, a la incapacidad de no volver a escribir. ¿Quién me dijo que soy buena haciéndolo? Soy mala con el cuerpo, con las manos y el corazón. Perezosa en pensar y lenta en morir. Apelo al descanso eterno, pero la mano divina no me suelta. Ese es mi castigo griego, condenada a soportar un continuo padecimiento. Me estiro para comer de la vid, pero el agua me arrastra. Tengo hambre de creatividad. Ahora soy la sombra y contemplo mi espalda encorvada, el pelo grasiento y los ojos inyectados en sangre. Soy la sombra y observo a Irma soltar un grito furioso que se atasca en su garganta. Sus manos golpean la computadora y comienza a escribir. Toca una melodía mecánica que se asemeja al dolor de un autó-mata al servicio de su amo. Sus dedos están grasientos; no necesita cambiar su aceite. Échale una flama y arderá. Me asomo sobre su hombro y contemplo.

La persona de la que voy a hablar ya está muerta, o eso espero. Es una mujer acabada, esqueleto humano ahogado en agua. Se sienta en su diván y lee novelas románticas. Le quedan quince minutos para cerrar el libro; debe regresar a las tareas del hogar. En la madrugada escribe. Compañera de la luna y de los gatos callejeros que maúllan en su balcón, de los ronquidos de Fabio y del grillo escondido bajo el ta-

pete. Mantiene la persiana entreabierta para que el claro de luna se pose en su escritorio. Todavía conserva la máquina de escribir que le dio su mamá. De niña tomaba ese objeto aparatoso y tecleaba.

—¿Qué escribo? —le preguntó a su madre.

Ella se echó a reír. Tejía una bufanda. A veces Irma quedaba hipnotizada por la agilidad con la que su mamá movía los dedos, del *tric-trac* de los ganchos al chocar y de la bola de estambre rodando por el suelo.

—Lo que tú quieras.

La mamá entrelazaba los ganchos mientras Irma apretaba las teclas duras. Las manos le picaban; tenía que ir rápido o si no la creatividad se extinguiría. Al acabar sacó la hoja y la estudió. ¿Quién le dijo que era buena escribiendo?

—Es horrible —dijo Irma. Su mamá le dio una mala cara. Irma recitó: —Quise ir al mar, pero la marea está alta. Pienso perderme en las olas y vivir con los moluscos. Extraño el sol del verano que enrojece mi nariz. A veces extraño la lluvia...

—¿Y la nieve?

—Es fría.

Irma botó la hoja en la papelería de la cocina. El agravio de escribir algo odioso fue suficiente para que ella abandonara la escritura. Esa noche su madre se acercó a la cama y depositó la hoja arrugada en la mano de su hija. Irma tiró lágrimas furiosas, no por vergüenza, sino por una extraña alegría al descubrir que ese papel arrugado fue rescatado. Quise ir al mar, pero la marea está alta. Pienso perderme en las olas y vivir con los moluscos. Extraño el sol del verano que enrojece mi nariz. A veces extraño la lluvia. La nieve es fría. Cuando lo blanco se combina con la tierra no puedo oler nada y la nada es mala. Las paredes de mi habitación se doblan. La cáscara de huevo se craquea. He vuelto a mi cuerpo. Mis manos corretean apresuradas y siento las horas caer como granizo. Tierno témpano me rectifica el camino hacia las promesas dadas en mi infancia y juventud. Mis dedos sangran. Si no hay sangre, ¿dónde quedó la pasión? Sedienta de sangre y aun así busco la inocencia. Meto mis manos en un enjambre de abejas porque anhele la miel vis-

cosa en mis labios. Esta es la parte agradable, cuando nada te detiene hasta que sacas todo y pones las palabras sobre la mesa. Ya no tecleo, mis dedos vuelan entre la s y la e, n, t, i, r y más. Aquí se romantiza la escritura, cuando tienes todo al alcance y no hay una piedra que te aplaste el dorso. Me despego del cuerpo. Quiero verme en tercera persona.

—¿Cómo te llamas?

—Irma. ¿Y tú?

—Fabio.

Es ahí. El corazón encaprichado de amor salta por su presa. Él era alto y atlético. Irma quería amar, solo necesitaba un espécimen perfecto. Era guapa, igual que su madre, igual que su abuela. Estamos en su juventud. Antes de despertar ya sabía lo que iba a hacer. El futuro es su pasado, aunque ella no tuviese la mínima idea de que cada vez que respiraba recopilaba un cúmulo de años restantes. Si pudiera regresar a la semilla leería más, escribiría más, empezaría su novela interminable. Ella caminaba del autobús al colegio, del colegio a la librería y de la librería a su casa. Se sentaba cruzando sus pies y se encorvaba para alcanzar la máquina. Todo era sobre Fabio, sus ojos, sus manos y su pelo engomado hacia atrás. Quería boda e hijos. Lo cierto es que Irma quería tanto.

—¿Y después? —dijo Fabio al instante.

—Nada... solo eso.

Debió haberlo vaticinado por la forma en la que la miró con disgusto al comentarle sus metas que mermaban en las letras. No lo culpó en el momento; cada persona a la que le contaba el mismo cuento le respondía igual, sin inhibir el asco o la burla. Fabio se carcajeó. Su mano todavía se aferraba a la de Irma.

—Eres caprichosa. Tendría que tener un buen trabajo para mantenerte .

Ella no refutó y le dio la razón, pues en un mundo precario como el suyo había vanidad en su alma llena de ilusiones. Era vasalla de quimeras. Por eso se esforzó en hacerles ver que tenía talento y aún después de cuarenta años no lo ha demostrado. La mano invisible me ahorca el cuello, me recuerda que he pasado mi límite. Vuelvo a mí. Lágrimas

caen de mis pestañas. Reguero de desdichas. Primero soy madre. ¿Y luego? Pronto polvo, ahora aliento. La espalda me pesa, la nuca me arde. El fuego en mi órgano se apaga. Esta es la parte complicada, cuando no hay petróleo extra que avive la llama. Soy mecha quemada, cera derretida. Bloqueo cual pez desesperada por oxígeno. Me hierve la sangre al caer en el terrorífico bloqueo. La página en blanco, las palabras sin sentido. Soy ornato de un festín truncado, entre peras y manzanos. Me pregunto si ha valido la pena la espera, el dolor, las lágrimas, el amor, la dicha. Me tumbo en la cama y admiro la desnudez del techo. Mañana moriré y nadie me detendrá. La novela no tiene final porque yo tampoco tendré uno. ¿Quién dijo que la muerte es el punto? Quisiera darles un último beso a los niños. Les dejaré la máquina de escribir y les diré que sean fluidos en el silencio, que su interior es un palacio mental que debe ser resguardado.

—Lo difícil es empezar —me comentó el hombre—. Una vez que tecleas no hay quien te detenga.

Tomé un sorbo de vino, tan joven que no me importaba mancharme los dientes.

—¿Quién te mintió? —alargué mi sonrisa perlada—. El enemigo de todo escritor es el punto final.

Suelto una risilla. ¡Huy! ¡Huy! Así que es eso. Sacudo las mantas nauseabundas y salto a la computadora y tecleo un punto final. No tengo miedo, porque sé cuándo rendirme. Lancé el papel a la papelera y lloré en el regazo de mamá.

—Está bien. Puedes acabarlo ahí —sugirió mamá acariciándome el cabello.

Le quiero decir más a los niños, que los amo y los adoro. A Fabio muchas cosas, que aderece la mesa con mis huesos forrados en piel. Seré polvo, antes aliento. Ornato de su festín truncado. Que digan que fui vasalla de quimeras y fluida en el silencio. Ahora fallezco en continuidad envanecida. No hay prisa. Apelo al descanso eterno y todo lo terrenal quedará en la tierra, y lo que escribí estará tallado en piedra y lo que no escribí se resguarda en mi bóveda privada. Mucho que aprender y poco que vivir, y aun así esculpiré Galateas en mi memoria, ya sea que mi espíritu deambule

con los moluscos o en la brisa que corre por el álamo. Uno nunca deja de crear, incluso después de la muerte. Por favor, no traigan flores a mi entierro.

* Joanna Casas Cisneros. Nació en Villahermosa, Tabasco, en el año 2000. Desde temprana edad empezó a escribir sus primeros cuentos. En el periodo 2014-2015 participó en el primer taller de «Cuento para jóvenes» y en el curso «Yo escribo, yo soy» impartido por la maestra Cynthia Alarcón Múgica en las instalaciones de la Escuela de Escritores José Gorostiza, bajo la dirección de la escritora Ana Livia Salinas. De ahí continuó con el taller «Novela corta para jóvenes», dado por el maestro Vicente Gómez Montero, así como participaciones en lecturas públicas en eventos especiales de dicha escuela. En 2019 cursó el Diplomado de Creación Literaria, cuya experiencia la impulsó a iniciar sus estudios universitarios en la licenciatura en Literatura y Creación Literaria de la Casa Lamm, de Ciudad de México, donde actualmente estudia el quinto semestre de la carrera. Ha publicado poemas en la revista *Palabra Infinita* y cuentos en el blog de *Filopalabra*, fundado por el doctor Juan Antonio Rosado.

970 días (fragmento)

Jesús Román Gutiérrez San Lucas *

Pasillos nuevamente!, gritaba su mente. La ajena melodía de un cantar interrumpía su reclamo por querer llegar a la entrada del que sería su salón por largos veranos. Las prácticas a su alrededor eran como una melodía clásica de Beethoven; como si todos en su entorno tuvieran una carga de dopamina. Y su reacción jugase con su inerte decisión de seguir caminando.

Los pasillos representaban un laberinto de recuerdos: múltiples encuentros regocijados con baños de ilusiones. Acostumbraban a sentarse en las bancas de los pasillos, mientras degustaban aperitivos preparados en sus largas madrugadas.

Robert ceñía sus labios, palmeaba su rostro una y otra vez con la esperanza de despertar de un sueño. A un costado de su mochila marca Helly Hansen, que su padre le había regalado días antes de su cumpleaños, se encontraba una carta, con una caligrafía exuberante que decía: Ángel, perdóname, lo nuestro fue inútil, nuestro amor nunca existió... Atentamente, Jessica. Asistió su mirada a la entrada del que fuera para él, la peor decisión de su vida cuando la chica de cabello negro, tono de piel cálido y vientre plano, dio pasos cortos para dirigirse a la sala de clases. A la distancia, fijó nuevamente la mirada a su caminar; pasos lentos y con simetría: como de bailarinas de ballet clásico; *relevé*: de puntitas. Concilió la presencia y continuó.

* * * * *

Desde la secundaria, Celeste había sido la mejor de la clase. Ansiaba terminar sus estudios para poder cumplir el juramento que una tarde de otoño le prometió a Arthur, su padre. Las notas de fin de año premiaban los deseos y anhelos de su madre: cuadraba la distancia de notas en los próximos años, así aseguraba el éxito que debería tener Celeste en su formación académica. A paso veloz y con ahínco se dirigió a su pequeña hija de ojos claros. Segura estoy que en los próximos grados tendrás mejores notas que todos tus compañeros.

Una mañana de agosto agitó sus sentimientos. La mirada de ambos era intensa: miradas que chocan y confluyen alma con alma desde el minuto cero para detener el tiempo. Como si los Campos Elíseos forjaran sus sentimientos para quedarse a vivir eternamente. De repente un estruendo colapsó sus pensamientos y quedaron a la expectativa de los demás. La campana anunciaba el inicio de clases.

La parte introductoria de los maestros como cada inicio de ciclo escolar era algo muy radical: reglamentos, notas, evaluaciones... ¡Ya era bachillerato!

Había escuchado hablar de lo difícil que era cursar la asignatura del profesor más estricto del colegio. Tenía que apreciar cada explicación. Pero la mirada de ella seguía fija, echó un vistazo disimulado a toda prisa... Él seguía explicando.

De lunes a viernes las miradas se congelaban por segundos entre ambos, las horas y los días sin decir palabras, eran testigos del sentimiento que anunciaban el deseo y la ilusión; resultado del efecto halo.

Cursaba el mes de septiembre, los colores patrios se hicieron presentes. Esa noche el mito griego encapsuló los campos y se abrazaron; su corazón fue izado por primera vez. Lo que solo eran vistazos, ya eran pláticas por horas...

«Fue su primer amor, fue su primer sentimiento. Hoy tiene el síndrome de corazón roto»

Habían pasado dos inviernos y las ilusiones de ambos iba viento en popa. Una mañana de abril, Thomas no

despertó... Su corazón había pagado la factura de una cardiopatía congénita grave.

La melodía del móvil de Celeste no se hizo esperar. ¡Hola, amor!, buenos días, esperaba tu llamada, recuerda que almorzamos con mis papás. Amor, ¿el sonido del móvil no sirve?, ¡no te escucho! El silencio se apoderó de la llamada. De repente se escuchó una voz quebrada. Celeste, Celeste, hija. Thomas ha muerto... El llanto envolvió el sonido de los móviles.

970 días de recuerdos laceraban con tijeras filosas los sueños e ilusiones de Celeste. Su fantasía pareciera estar secuestrada como Jennifer Riggins en *El Profesor*, de John Katzenbach. Mientras reverdecían los árboles y las flores engalanaban los jardines, su deseo de vivir se iba apagando; una vida color gris. Noches eternas y oscuras, donde el sol no tenía cabida.

El tiempo respondió... ¡Déjame pasar!

Un sueño extraño se apoderó de los recuerdos y de la región del hipocampo; una voz angelical exclamaba con fervor, ¡la vida es muy corta para vivir los planes de otra persona!, te amaré como el primer día que nos conocimos. Ella interrumpía dicho mensaje, cuando de repente el «reloj biológico» finalizó el sueño.

Las clases de verano estaban por iniciar. Celeste, la chica de cabello negro, tono de piel cálido y vientre plano, se preparaba para asistir a su primer día en la universidad... El recuerdo de un amor de estudiante fijaba su postura al convivir nuevamente por los pasillos de la escuela.

Finalmente recorrió los pasillos y a dos pasos de la entrada de su salón de clases escuchó una voz bastante imperiosa. Una nueva quimera estaba por iniciar...

La simetría estante de sus pasos como de bailarinas de ballet clásico; relevé, hizo presencia en el salón D8. Buenos días, maestro, ¿me permite pasar?... Buenos días, adelante... Para ser su primer día de clases ya había incumplido, tres minutos tarde habían ceñido su responsabilidad como estudiante. Con certeza se dirigió a los asientos de atrás, como todos los que siempre había elegido en sus salones de clases, parecía estar segura en las últimas filas por el confort que brinda la distancia a los profesores.

Tomó asiento cruzando las piernas, acomodó su mochila a un costado de la silla y dirigió la mira a la voz estricta que emitía las primeras indicaciones para cursar el semestre. La voz imperiosa que escuchó en el pasillo antes de entrar al salón de clases jugaba con los ecos de sus sentidos. Estaba ahí, ya podía observarlo, lo tenía al acecho. Sin darse cuenta, fijó la mirada.

Cursadas las dos primeras horas de seis a la semana de la asignatura de literatura, había generado un discurso de responsabilidad en su vida universitaria; alcanzar una formación profesional, humana, ética y moral. Comprometerse con el cambio no individual sino de la sociedad en su conjunto. Tener claridad de su formación especializada sin perder de vista la necesidad de una sólida formación humana. Su hemisferio derecho se encontraba en una batalla campal, a lo que su reflexión dijo: ¿Todo ello tengo que alcanzar?, ¡tengo mucho por hacer, no será fácil, pero lo lograré!

Las nuevas amistades no se hicieron esperar, el reencontro de algunos amortiguaba el silencio y el hermetismo que se genera en los primeros días de clases. Así fueron pasando las semanas hasta alcanzar aquellos grupitos sólidos que frecuentemente se forman en cada salón de clases; entre muchos, pocos los allegados. Es una selección trivial que genera resonancia de actitudes inquebrantables de los líderes de cada grupo, característicos de generación en generación.

Celeste decidió no depender y pertenecer a un grupo, había tomado la decisión de generar compañerismo con todos los integrantes de su salón, sin embargo, la chica de cabello castaño se dirigió a ella con la intención de conocerla y ser amigas. Había transcurrido la mitad del semestre y su amistad iba viento en popa, las tareas en equipos, exposiciones, actividades extracurriculares y los desayunos eran cómplices y testigos de la amistad que emergía en ellas. Aprobaban sus asignaturas sin problema.

Los reglamentos de la asignatura de literatura eran muy estrictos y las propias reglas del maestro un poco más, qué digo un poco más, exageradas. No con esto, significa que no haya priorizado la importancia de las otras. Fue en el mes de noviembre cuando por azares del destino logró olvidar el

libro que le correspondía leer en ese mismo mes, cada uno había elegido leer un género literario para presentarlo en el primer café literario de la asignatura en curso. Qué vergonzosa y remota experiencia; recuerdo muy bien cuando el maestro solicitó los libros para leerlos en clases por quince minutos.

Una de las reglas prioritarias era llevar siempre el libro los días que correspondían a la asignatura; el alumno que no presentase su libro tenía que abandonar el aula. De pronto escuchó una voz aberrante que le solicitaba salirse del salón por incumplimiento, sin distinción alguna. Y fue así como obtuvo el pase para abandonar la clase...

-
- * Jesús Román Gutiérrez San Lucas. Nació en Emiliano Zapata, Tabasco. Promotor de lectura y docente. Licenciado en Ciencias de la Educación por la UJAT. En 2017 obtuvo el grado de maestro en Educación Basada en Competencia por la UVM, campus Villahermosa. Su trayectoria profesional inicia en 2007 como asesor en el programa de alfabetización «Yo sí puedo» en el Instituto de Educación para Adultos de Tabasco. Se ha desempeñado como docente en el Colegio de Bachilleres de Tabasco y el Colegio Montecristo. Actualmente es docente y titular del Programa Integral de Lectura y el Libro en la Universidad Tecnológica del Usumacinta. Ha sido secretario de la Academia de Diversidad e Inclusión Educativa de esta misma universidad. En el ejercicio particular de la profesión es titular del programa virtual *Café para Dos*; trasmisión con el firme propósito de fomentar la cultura a la sociedad en general. Ha participado como ponente en diversos congresos nacionales e internacionales. Conferencista en instituciones educativas con temas relacionados al fomento a la lectura y la formación educativa en las nuevas generaciones.

La casona

Jenny Mariel Domínguez Naranjo *

Las viejas casas abandonadas son patios de juego, de más cosas que musarañas, decía el abuelo. «No se metan en sus corredores, ni siquiera en sus patios». Es lo que repetía el abuelo cada fin de semana que visitábamos el rancho en Santa Ana.

Siendo niños, nuestro reto favorito era escapar de los adultos y caminar libremente por los patios hasta la trilla principal de las plantaciones y ver la casona. Era una construcción rodeada de amplios terrenos enmontados que, en el pasado, fue una enorme quinta de una familia de mucho dinero, dueños de ganado, caballos, mulas y grandes plantaciones de cacao, caña, naranja y terrenos de siembra, pero que desde hacía décadas estaba abandonada.

La abuela Teté nos contaba que era una casona con mucho bullicio, de nunca en calma, ya que siempre había personas haciendo muchas actividades, incluso en la noche.

La gente del poblado dice que esa fue una de las razones de su ruina; que la avaricia del dueño era tal que se negaba a detener el trabajo en sus tierras, incluso durante la noche. Los empleados deambulaban por los patios y los terrenos escasamente iluminados, llamando así la atención de seres nocturnos y misteriosos que habitaban los montes y las parcelas de los alrededores.

Los pobladores decían que aquel bullicio les había despertado la curiosidad y los había hecho acercarse más y más a la quinta, a grado tal que acabaron asentándose en ella.

A los jornaleros les daba miedo quedarse a trabajar los turnos de la noche, porque mientras desgranaban el maíz en las enramadas de los patios traseros se sentían observados, y en medio de sus actividades e incluso estando reunidos dos o tres, alguien les tiraba piedrecitas o mangos tiernos desde la oscuridad.

La luz que emitían los candiles solo iluminaba el pequeño espacio en donde se sentaban a trabajar y aun cuando no veían nada, alcanzaban a escuchar los murmullos y las risas que venían de la oscuridad. Ante esta situación el dueño rechazaba sus temores; alegaba que esa cobardía era producto de la pereza que los gobernaba, que era mentira que fueran apariciones o fantasmas, que solo se trataba de animales nocturnos que se acercaban a los terrenos atraídos por la luz. Les ordenó que siguieran trabajando por las noches.

Los trabajadores se fueron habituando a las sensaciones que les causaban las noches en los patios de la vieja casona. Se resignaron a estar cerca de aquello que la noche traía. Inventaron ofrendas para protegerse mientras trabajaban. Si les tocaba ir a herrar ganado a los potreros en los horarios nocturnos, llevaban consigo algo para obsequiar, por lo común alimentos que ellos mismos comían; al entrar al potrero dejaban en los portones su obsequio y seguían el camino iluminado por sus candiles. Hacían sus actividades y al regresar a los portones por la madrugada, confirmaban que el obsequio había sido tomado y se iban en paz, sin temor a ser molestados.

Esa fue la constante en la vida durante algunos años, hasta una tarde en la que, al retirarse las familias que trabajaban el turno matutino, fueron testigos de algo terrible que nunca antes había sucedido.

Una de las señoras que trabajaba en la cocina salió acompañada por su pequeño niño, pero estando en el portón principal para tomar la trilla que llevaba al poblado, se regresó por las sobras de comida que acostumbraba llevar a sus hijos y que había olvidado en el tapanco. Dejó a su niño parado junto al portón después de pedirle que la esperara ahí, quería ir sola para regresar más rápido, con temor a que callera la noche.

—No te muevas de aquí, ¿oíste? No tardaré —dijo apresurada.

Cuando la señora regresó, el niño no estaba. Preguntó a los que salían de sus jornadas y pasaban junto a ella, pero nadie le supo dar razón. Lo llamó por su nombre, pero no hubo respuesta. Asustada porque el sol ya se había escondido y la noche la había sorprendido en los terrenos de la quinta, corrió a buscar al capataz para pedirle que la ayudara a localizar a su chiquito. Los que ya se preparaban para sus actividades nocturnas la ayudaron llamando a gritos por su nombre al niño, tomando áreas separadas para cubrir mayor terreno.

Un par de muchachos caminaron rumbo a los potreros llamando al niño, con las prisas habían olvidado llevar consigo un machete o un palo, como se acostumbraba y, por supuesto, el obligado presente. Cuando algo se movió entre los montes los muchachos se detuvieron, dejaron de gritar para observar los alrededores. Estaban rodeados por los zacates que se dejaban crecer para alimentar a las vacas. Primero escucharon un ruido a la derecha, luego un ruido a la izquierda, de pronto retumbó un grito espantoso como el de un cerdo cuando lo están matando.

Asustados, se petrificaron y cayeron en la cuenta de que estaban solos y de que no habían llevado nada para defenderse. Una brisa pasó detrás de ellos acompañada por ruidos de pies que corrían a sus espaldas. Al momento voltearon, otro ruido vino de frente, giraron asustados esperando ver lo peor, y ahí estaba, parado, lleno de arañazos, cubierto de lodo, descalzo y solo, solamente con sus pantaloncitos puestos, el niño al que buscaban.

Estaba parado en medio de la trilla con la mirada perdida, y temblaba. Dudaron que se tratara realmente de un niño. Luego contarían que aquel niño se veía tan irreal, con los ojos brillantes a través del lodo que le cubría casi todo el rostro, excepto por las heridas y arañazos que le surcaban la cara y el cuerpo. Uno de los muchachos susurró el nombre del niño, quien reaccionó con una mirada de súplica, y los muchachos corrieron hacia él para salvarlo. Lo tomaron en brazos y corrieron hacia los terrenos iluminados.

El niño no hablaba ante todas las preguntas que le hacían. Se aferraba a su madre; llantos y lamentos lo rodeaban. El dueño alzó la voz detrás del tumulto. Le abrieron paso y él, con rostro rudo y voz de mando ordenó al niño decirle quién le había hecho todo aquello.

—¿Quién te llevó, chamaco?

El niño lo miró. Volteó su rostro hacia una de las haciendas y señaló con su mano la tétrica oscuridad de los cacaotales. En ese momento un ruido de muchos pies corriendo sobre la hojarasca salió de aquellas haciendas. Las copas de las matas se movían como si algo o alguien se colgara de las ramas.

Los trabajadores corrieron despavoridos, huyendo de la gran hacienda, alejándose de la vieja casona, solo el dueño se quedó parado, mirando hacia la oscuridad de los sembradíos de cacao, planteándose por primera vez que todo cuando se decía de los espantos y apariciones podría ser real.

En un ataque de furia disparó al aire y empezó a gritar que lo que fuera que estuviera dentro de sus cacaotales saliera de sus tierras inmediatamente. Ya no se escuchó nada más, solo le contestó el zumbido del viento.

Desde ese día todo comenzó a morir en las tierras de la vieja quinta: las ratas invadieron las bodegas; los muebles y objetos de la casa se cambiaban solos de lugar y el dueño amanecía con arañazos en la espalda. Dicen que se negaba a dejar su casa y sus tierras, pero la ruina ya le había llegado al cuerpo. Su piel se marchitó y su carne se secó al grado de tomar el aspecto de un cadáver andante.

Al final dejó la casa a esos seres que la reclamaban como suya. Duendes, les dicen algunos; alushes, les dicen otros, pero todos dicen que tienen aspecto de niño, con un semblante de vejez.

Mis abuelos creen firmemente que historias como esta son reales, y por ello tenemos rotundamente prohibido acercarnos a la casa abandonada, jugar en lo profundo de las haciendas de cacao y hablar en voz alta dentro de los cacaotales.

—Nunca anden hablando mientras caminan solos en el madreado, porque en una de esas les contestan los duen-

des, o se enamoran de ustedes, y eso sí estaría difícil —dice mi abuelo.

Hablábamos de eso mientras observábamos de lejos la vieja casona, siempre preguntándonos qué tanto de todo ello era real. Volvíamos a la ciudad, a la rutina, pero siempre en los sueños de las horas nocturnas de regreso, las trillas, la casona y los duendes se colaban en los pensamientos y todavía lo hacen.

* Jenny Mariel Domínguez Naranjo. Nació en Cunduacán, Tabasco, en 1990. Es maestrante en Educación por la Universidad Pedagógica Nacional unidad Villahermosa; licenciada en Intervención Educativa por la misma institución, y diplomada en Creación Literaria por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y el Instituto Nacional de Bellas Artes; en 2013 se certificó como promotora cultural por el CONACULTA. En 2010 realizó estudios complementarios universitarios en narrativa, microhistoria y diagnóstico regional junto al historiador Ciprián Cabrera Bernat, quien le inculcó la valoración del estudio del pasado, la historia regional y la riqueza cultural de Tabasco.

Aquí no existen los gradientes (Parte I)

Héctor Sandoval Aguilera *

Guillermo Cantoral disimuladamente introducía su mano al bolsillo trasero. Trastabillando abrió la puerta del baño, ignoró a todos aquellos caballeros que descargan sus vejigas en los uriniales, entró al cubículo del retrete como quien entra a casa ajena. Tuvo un encuentro de miradas con el bordillo orinado y el hedor desagradable de los vómitos.

Desenfunda del bolsillo una bolsa de perico, a buen cubero diría que dos gramos, sus gestos de apatía ya delataban necesidad. Destapó la bolsa e hizo una pequeña montaña, ahí estaba el polvillo blanco sobre la tapa del tanque, desfundó la cartera y con una tarjeta bancaria Guaripola Express hizo de la montaña una línea. Inclino su cabeza hasta que su nariz rozó el polvo, de una inhalación profunda ingirió la línea completa, terminó y agitó su cabeza de un lado a otro. Le vieron salir desbocado y con una mandíbula colgante, digna de actor hollywoodense.

Puso la mano sobre la manija y su celular sonó; risita burlona y llamada rechazada, lo hizo rápido y discreto, como queriendo ocultar algo. Chocaba entre la gente y a pesar de ser bajito buscaba la bronca. Si al fin y al cabo tengo al Yuca cuidándome, solía decir en sus reuniones con colegas cuando le preguntaban de su prepotencia.

Cuando terminó le hizo una seña a su guardaespaldas, era hora de marcharse. Sin dilación los individuos salieron del lugar, no sin antes pagar una cuenta sumamente alta.

Deslizó la tarjeta a la vista de todos, incluso se la pegó en la frente, y así como así, ochenta y cinco mil pesos se habían esfumado. Guillermo y su guarura de confianza, el Yuca, subieron a la camioneta Jeep del año. A pesar del estado en el que se encontraba, Guillermo insistió en manejar.

Con cierta dificultad Guillermo introdujo la llave, un giro torpe hizo cantar al motor estruendosamente. Presionó el acelerador a fondo y sintió una adrenalina correr por su cuerpo, atravesaban la ciudad entera a velocidades más altas que su estado de conciencia. Dieron las seis de la mañana y la canción que sonaba en su reproductor se detuvo por otra llamada. Y de nuevo presionó el botón rojo.

—Yuquita, toma mi celular y escríbele que voy saliendo —le dijo en tono rabioso. Ernesto obedeció y comenzó a textear. Apenas envió el mensaje las palomitas se tornarán azules. Su esposa Miriam comenzó a enviar párrafo tras párrafo, pidiendo explicaciones; dónde había estado, que dejara de mentir, que se ocupara de una vez de sus hijos y que juraba por Dios que era la última que le iba a aguantar. Ernesto se lo hizo saber y Guillermo con cinismo respondió:

—Solo bloquéala.

Ernesto obedeció.

La canción «Igualito a mi apá» retumbaba los altavoces. Guillermo, sin pensarlo, subió el volumen al máximo, apretaba el acelerador cada vez con más fuerza.

Guillermo cantaba a pulmón cada uno de los versos del corrido. Su mandíbula se movía de arriba a abajo, consecuencia de la cocaína. Cuando entraban en la avenida Guaripola 2000 se veía una gran fila de carros. ¡Maldita servidumbre!, ¡tapando mis calles un lunes!, gritó golpeando el volante. Molesto, se vio obligado a bajar la velocidad casi por completo y no se demoró en ser uno más de los tantos carros que embotellan la avenida.

Parte II: (Qué fortuna mi infortunio)

El director Juan Buñuelo ponía el primer pie dentro del autobús que transportaba a los maestros y estudiantes de la escuela secundaria Fernando Roviroso de Collado. Se sentó en la parte trasera del autobús, pegó un vistazo a la ventana

que asomaba a la calle y vio a la fila de docentes subir al camión; eran alrededor de cincuenta, quizá más. La noche acababa de ponerse, todo este personal al que Buñuelo tuvo a su cargo durante tanto tiempo, estaba a pocas horas de ir a protestar en un mismo tono. Exigían de urgencia que se retirara la nueva ley que permitía el despido del maestro si este no aprobaba una evaluación diagnóstica. Cuando se promulgó la ley no tuvieron mayor inconveniente en aplicar el examen, sin embargo, en cuanto se les aplicó cayeron en cuenta de la dificultad del mismo, y de la imposibilidad de resolver problemas de aritmética avanzada o preguntas de historia antigua. Hubo un caso particular y bastante sonado entre el personal, ya que las maestras de artes visuales, en su examen se les presentó el siguiente inciso: «Mencione el nombre completo de Pablo Picasso».

El examen se aplicó a los treinta y cinco maestros que conforman el personal docente, no aprobó ninguno. Cuando el director Juan Buñuelo se enteró del desastroso resultado, pensó que no podían despedir a todos los maestros del país por aquel examen, instintivamente optó por consultar los resultados de escuelas cercanas. Primero fue con la escuela más cercana a la suya, la secundaria Cervantes de Saavedra. El director de esta institución, Juan Ontiveros, es un viejo amigo suyo de la carrera, así que, sin pena, Juan Buñuelo tomó su teléfono y marcó a su número.

— Buñuelo, gusto en saludarte — le dijo.

— Todo muy bien tocayo, el placer es mío, ¿todo bien?

— Todo excelente, gracias por la preocupación. Bien, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

— Para preguntarte por los resultados del examen docente en la Cervantes.

— ¿El de la reforma? Todo el personal aprobó, comentaron que fue bastante sencillo — del otro lado del teléfono Buñuelo tragó saliva y no supo qué decir por algunos segundos.

— ¿Todo bien, Juanito? — dijo Ontiveros del otro lado de la línea.

— Esta administración nos quiere tumbar, tocayo.

Parte III: (Aquel no era yo)

Una protesta normalista tapó la avenida Guaripola 2000. Carros de todos los colores y marcas coloreaban el pavimento. Los normales comenzaron a desenvolver una enorme pancarta de tipografía roja, dos palos en cada esquina para izarla bien alto. El líder del sindicato, Carlos Villoro, tomó un megáfono y empezó a declamar exigencias en nombre de los maestros, lo hacía mientras caminaba entre las filas inmensas de tráfico. Cuando se acercó al carro lo reconoció enseguida, entonces fue ahí, donde casi involuntariamente dijo: Si tan solo mis impuestos no se perdieran en sobornos, su avenida sería libre. Guillermo enloquecido bajó del automóvil, gritándole a los siete vientos palabras apenas reconocibles en el idioma español. Carlos pudo reconocer algunas oraciones individuales, como por ejemplo: ¿No sabes quién soy? Tus impuestos trabajan para mí, gato. Si yo quiero te compro tu alma, etc. Los conductores de los carros vecinos no tardaron en desenfundar sus celulares y documentar lo que ocurría. Entre el pánico y la coca puso ojos rabiosos y enloquecido se abalanzó hacia Carlos, lo derribó al pavimento y comenzó a conectar puñetazo tras puñetazo sobre su rostro. Todos los maestros presentes corrieron para intentar separar a Guillermo de Carlos. Los conductores continuaron sus grabaciones, ignorando por completo que la avenida ya estaba libre.

Parte IV: (No funciona la palanca)

Unos días después, nuestro señor gobernador estaba en su cama rascándose la corona y viendo TikTok, un breve video de la cadena televisiva Guaripola Hoy apareció en su pantalla, quedó estupefacto al ver que aquel sujeto recibiendo una paliza era su amigo de infancia Guillermo Cantoral. Rápidamente se comunicó con su amigo más íntimo y le dijo: Ja, ja, ja, pobre imbécil. Es Cantoral, el de la secundaria.

El día de nuestro gobernador siguió muy ajetreado, los movimientos de dedo y las llamadas a su cama lo agotaban. A eso del mediodía recibió una llamada entristecida de Cantoral suplicándole que lo deje salir de esa prisión de mala muerte. El gobernador con toda la pena le dijo que no podía,

el video estaba reventando de popularidad y los medios no dejan de joder con la escuela de Collado, tanto que tuvo que rescindir las leyes de reforma por ellos. Aunque también le dijo que con dos millones igual y en dos días salía.

-
- * Héctor Sandoval Aguilera; entusiasta de la literatura, lector empedernido y escritor principiante. Nació el tres de abril del 2006, día canicular en Tabasco. Ha formado parte de diversos talleres de literatura y escritura, sus influencias literarias provienen en su mayoría de las generaciones doradas del siglo XX (La generación perdida, *beatniks* y el *boom*). A pesar de tener un amplio deseo de publicar, nunca se había adentrado al mundo de la literatura como creador, el Festival Macondo es, en cierto modo, su debut literario.

Narradores del trópico

de Vicente Gómez Montero, Marcos Rojas Gutiérrez,
Jorge Vital Cadenas, Eliannet Paola García Hernández,
Pablo Esteban Valenzuela Castillo (Valcasti), Joanna Casas
Cisneros, Jesús Román Gutiérrez San Lucas, Jenny Mariel
Domínguez Naranjo y Héctor Sandoval Aguilera.

Fue editado por la
Universidad Olmeca, A.C.

Se concluyó en la ciudad de
Villahermosa, Tabasco, México
en agosto de 2023,

Para la composición de los textos se utilizó la fuente Book
Antiqua

Handwritten notes and diagrams on the right margin of the page, including a small sketch of a building or structure.



UNIVERSIDAD OLMECA
Raíz de sabiduría

ISBN 9786075 964577

